

FEDERICO REPARAZ

El Cinematógrafo

JUGUETE COMICO EN DOS ACTOS

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA ALEMANA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

EL CINEMATÓGRAFO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CINEMATÓGRAFO

JUGUETE COMICO EN DOS ACTOS

escrito sobre el pensamiento de una obra alemana

POR

FEDERICO REPARAZ

Estrenado en el TEATRO DE LOS CAMPOS ELÍSEOS de Bilbao,
el 17 de Marzo de 1905



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 561

—
1905

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CLEMENCIA.....	SRAS. PARÍS.
MATILDE.....	OLONA.
ÁNGELA.....	SETA. SAMPEDRO.
JUANA.....	SRA. GRAJERA.
RICARDO.....	SRES. RAMÍREZ.
COSTA.....	VILLANOVA.
VENTURA.....	PUGA.
FAUSTO PRATS.....	PÉREZ-INDARTE
LLORENS.....	BARBERO.
FERNANDO.....	DE DIEGO.

La escena en Madrid.—Epoca actual

Derechà é izquierda, las del espectador



ACTO PRIMERO

Habitación elegante. En el centro del foro, puerta general de entrada que da á un recibimiento. En el foro izquierda, un reloj de pared, y debajo de él una silla. A derecha é izquierda del reloj dos fotografías grandes con marco, de Clemencia y Angela. Primera izquierda, puerta que da á una alcoba; segunda izquierda, otra que comunica con el interior del piso. Entre ambas una chimenea. Delante un pequeño sofá, y junto al mismo, dos butacas y una silla. Junto á la puerta de la primera izquierda otra silla ligera. Segunda derecha, puerta que conduce á la habitación de los huéspedes; primera derecha, un mirador con «store». En el marco del mirador, hay una jaula colgada. El resto del mobiliario al arbitrio del director de escena. Al levantarse el telón la escena está á obscuras, el «store» caído y la jaula colgada. El reloj señala las ocho y diez.

ESCENA PRIMERA

CLEMENCIA; después JUANA

CLEM. (Después de una breve pausa entra por la primera izquierda con bata de mañana, se dirige al reloj, enciende un fósforo para ver bien la hora, levantando algo el brazo.) ¡Las ocho y sin volver á casa todavía! ¡Es increíble! ¿Lo habrá notado la criada? (Sopla disgustada el fósforo y se dirige al mirador, levantando un poco la cortina para ver.) ¡Ya es completamente de día! (Se sienta junto al mirador) ¡Pero le esperaré aquí, y cuando venga!...

- JUANA (Por el foro, con el cogedor y la escoba; bosteza y se despereza, dirigiéndose después hacia la segunda izquierda.) ¡Huy, qué sueño tengo!...
- CLEM. ¡Juana!
- JUANA (Estremeciéndose.) ¿Qué?... ¡Ah, es la señorita!... ¿Cómo se ha levantado usted tan temprano?
- CLEM. (Turbada.) No sé por qué... no podía dormir... Me pareció que había dejado anoche fuera la jaula del canario, y me he levantado para ver...
- JUANA ¡Bah, conmigo no ande usted con tapujos!
- CLEM. ¿Cómo?
- JUANA Ya sé que el señorito no ha vuelto á casa todavía.
- CLEM. (Aparte.) ¡Bonito papel estoy haciendo!
- JUANA (Escuchando hacia el recibimiento.) ¡Me parece que ahora sube la escalera!
- CLEM. (En voz baja y algo nerviosa.) ¡Anda, vete á tus quehaceres!
- JUANA (Yéndose con el cogedor en la mano izquierda y la escoba en la derecha y haciendo gestos de pegar con esta última.) ¡Ay, si fuera mi marido!.. (Vase por la segunda izquierda. La escena sigue á obscuras.)

ESCENA II

CLEMENCIA y VENTURA

- VENT. (Abre despacito la puerta del recibimiento, entrando con cautela y de puntillas en la habitación, y dirigiéndose á tientas hacia la puerta de la primera izquierda. Durante el camino tropieza con una butaca y se agarra asustado al respaldo.) ¡Maldita butaca; siempre tropiezo en ella! (Después se aproxima á la primera izquierda y escucha) ¡Silencio profundo... á Dios gracias, duerme!... ¡Seamos prácticos! (Logra encontrar una silla en la que se sienta.) ¿Qué hora será? (Saca el reloj y lo aproxima mucho á sus ojos para ver á la escasa luz de la estancia.) ¡Caracoles, las ocho y veinte! Adoptaré las precauciones de costumbre... (Se quita las botas y se dirige despacito, á tientas, y con las

botas debajo del brazo, hacia el reloj de la pared del foro; se sube en la silla que está junto á él, enciende un fósforo y se le apaga, logra encender otro, y con dificultad levanta la tapa del reloj, la cual sostiene con la cabeza, y con la mano derecha, en la que tiene el fósforo, da vueltas á las agujas del reloj. De pronto se vuelve á quemar, dejando caer con estrépito la tapa del reloj, las botas y la caja de cerillas, quedando subido en la silla con un pie encogido y chupándose el dedo. Después de una breve pausa, se baja de la silla, recoge la caja de cerillas y las botas, se sube de nuevo en la silla y coloca las agujas del reloj en las dos.) ¡Ajajá, las dos! (Se baja satisfecho, se detiene, reflexiona y se vuelve á subir en la silla.) Después de todo, no hay que reparar... (Hace girar de nuevo las agujas.) ¡La una y media!... El reloj atestiguará...

CLEM. (Que ha seguido todos sus movimientos; irónica.)
¿Has terminado ya?...

VENT. (Sobrecogido.) ¡Clemencia! ¿tú aquí?

CLEM. ¡Yo misma! ¡Vaya una salida!

VENT. (Aparte, con desaliento.) ¡Dios mío, qué entrada podría yo decir!

CLEM. Coloca las agujas en su sitio... sé qué horas es. ¡Ya han dado las ocho!

VENT. (Bajándose de la silla.) ¡Diantre, cómo pasa el tiempo!...

CLEM. (Descorre las cortinas del mirador. Se ilumina la escena.) ¡Y es completamente de día!

VENT. ¡Por casualidad!... ¡Pero qué temprano sale ahora el sol!...

CLEM. ¡En toda la noche he podido pegar los ojos!

VENT. (Queríendolo echar á broma.) ¿De veras no has dormido?... ¡Qué coincidencia!... ¡Lo mismo me ha pasado á mí!

CLEM. Si nada te importo ya, debieras, al menos, avergonzarte de que la criada...

VENT. No te apures, Clemencia. ¿Qué sabe esa ton-tuela?...

ESCENA III

DICHOS y JUANA

JUANA (Por la segunda izquierda con las zapatillas de Ventura.) ¡Buenos días, señorito!

VENT. (Disgustado.) ¿Qué quieres?

JUANA Haga el favor de las botas para...

VENT. (Vivamente.) ¡Vete por ellas á mi cuarto!

JUANA ¡Pero, señorito, si las tiene usted en la mano!

VENT. ¿Yo?... ¡Ah, sí!... ¡Precisamente iba á llevar-
telas!... (Se las da.)

JUANA (Entregándole las zapatillas) ¡Ay, don Ventura,
nunca me hubiera atrevido á pretender que
por mi causa se levantara usted tan temprano!
.. (Vase por el foro riéndose á escondidas.)

VENT. (Turbado.) ¡Ya lo has visto, no se ha enterado
de nada!

CLEM. Siento ahora curiosidad por saber lo que vas
á decir para disculparte.

VENT. (Aparte, poniéndose las zapatillas.) ¡Lo mismo me
pasa á mí!

CLEM. Vamos, dí: ¿dónde has estado hasta tan
tarde?

VENT. ¿Que dónde he estado?... Pues... en Fornos,
con varios amigos.

CLEM. ¿Hasta ahora?

VENT. ¡Sí, y los demás aun se han quedado allí!
No me querían dejar marchar, pero les dije:
«¡No insistais; necesito irme á casa... me
está esperando mi mujer!»

CLEM. (Irónica.) ¡Te has acordado un poquito tarde!

VENT. Anoche tuvimos una cena de despedida,
porque regresa á su país mi querido amigo
Francisco Costa, ese muchacho portugués...

CLEM. ¡Ah! ¿Se trata de ese *punto*?... Entonces, ya
no me asombro de nada. ¡Siempre es él
quien te induce á cometer ésas calaveradas!
¡Pero como tropiece alguna vez con ese *ca-
balleretel*!...

VENT. (Levantándose.) Cálmate, hijita... comprende-
rás que dignamente no podía faltar á una

cena de ese género... ¿Desairar á un íntimo amigo?... ¡Eso, jamás!

CLEM. Pase... pero á las once... ó á las once y media...

VENT. Precisamente á esa misma hora estaba á punto de levantarme de la mesa, y venirme á casa, cuando una reflexión me detuvo. ¿Qué voy á hacer, me dije, perturbar á mi mujercita, que estará durmiendo ahora muy tranquila, cuando todos los médicos están de acuerdo en afirmar que el sueño antes de la media noche es el sueño higiénico, el sueño reparador?... ¡Sería una acción egoísta y propia de un mal marido! ¡Y entonces, por tu amor, solo por tí, me quedé allí!

CLEM. ¡Qué delicadeza!

VENT. ¿Qué quieres? ¡Yo soy así!

VENT. ¡No lo haré más! Ahora ya se ha ido Costa muy lejos, ya no asistiré á ninguna cena; estaré siempre á tu lado, nos acostaremos á la hora de las gallinas... Y á propósito de dormir, vida mía, déjame que me acueste una hora nada más... ¡No me puedo tener en pie!

CLEM. (Indignada.) ¡Y aun tiene valor de quejarse!

VENT. Yo soy hombre sincero ..

CLEM. ¡Se necesita desfachatez! Pero te voy á decir la última palabra. Si te atreves á hacerme pasar otra noche como esta, yo...

VENT. ¿Qué?

CLEM. ¡Pido el divorcio!

VENT. ¿Pero mujer, por semejante bagatela?...

CLEM. (Furiosa.) ¡Te repito que pido el divorcio! (Llaman dentro.) ¿Quién podrá ser á estas horas?

VENT. (Tratando de marcharse.) Voy mientras tanto á...

ESCENA IV

DICHOS, JUANA, RICARDO, MATILDE

JUANA (En la puerta del foro, llamando.) ¡Señorita, señorita... venga usted en seguida!

CLEM. ¿Qué pasa?

- JUANA ¡Acaban de llegar sus papás!
- CLEM. (Vase corriendo al encuentro de ellos.) ¡Mis pa-
dres... qué placer!
- VENT. (Aparte, con desaliento) ¡Mis suegros! ¡No me
faltaba más que esto! ¡Me estoy cayendo de
sueño! (Saliendo al encuentro de Ricardo y Matilde,
que entrán acompañados de Clemencia.) ¡Oh, qué
grata sorpresa! (Saludos mutuos.)
- RIC. (En traje de viaje.) ¡Mi querido yerno! (Le abra-
za.) ¿No esperabas ahora nuestra visita, eh?
- VENT. Verdaderamente que no... ¡Y crean ustedes
que la cerebro mucho!
- MAT. Queríamos que á la chita callando nos con-
dujeran á la habitación de los huéspedes
para sorprenderos después durante el al-
muerzo.
- RIC. Pero ya que hemos tenido la fortuna de en-
contraros levantados...
- CLEM. (Irónica.) ¡Sí... es una verdadera suerte!
- RIC. (A Ventura.) ¿Acostumbras á levantarte tan
temprano?
- VENT. ¡Siempre, siempre!
- CLEM. ¡Mi marido tiene costumbres patriarcales!
¡Se acuesta como las gallinas y se levanta
con el sol!
- RIC. ¡Bravo! ¡Eso es lo higiénico y lo saludable!
¡Llegarás á centenario! ¡Daremos juntos los
grandes paseos todos los días á las seis de
la mañana!
- VENT. ¡Oh, antes!... ¡Si eso es agradabilísimo!
- RIC. Oye, Ventura. ¿Sabes quién me ha dado re-
cuerdos para ti?... El coronel Martínez.
- VENT. No le conozco.
- RIC. ¿Cómo que no? ¡Si estuvisteis juntos en San
Sebastián!
- VENT. (Sobresaltándose.) ¿En San Sebastián?
- RIC. Sí, el verano pasado, al regreso de tu viaje
á París.
- VENT. (Vivamente.) ¡Sí... tiene usted razón! Pasé por
San Sebastián, no pensaba detenerme, pero
caí enfermo de repente y me tuve que quedar
allí seis días en un hotel.
- CLEM. Al saber yo la causa de su retraso, quise
salir para San Sebastián, pero contestó in-

mediatamente á mi telegrama: «No vengas, estoy completamente restablecido.»

MAT. ¿Cómo; no te quiso junto á sí en aquella ocasión?...

VENT. (Rápidamente.) Pero, mamá, ¿por qué supone usted eso?

RIC. (Interviniendo.) ¡Vaya, lo mejor es que vayáis juntos este año!

VENT. (Sin reflexionar.) ¿A San Sebastián? ¡Jamás!

MAT. ¿Per qué?

VENT. Porque habiendo estado allí enfermo, comprenderá usted que no tengo recuerdos muy agradables...

MAT. Bueno, de eso ya hablaréis vosotros. Clemencia, llévame ahora á mi cuarto.

CLEM. Vamos, mamá. ¡Cuánto celebro vuestra llegada! (Vanse ambas segunda derecha.)

VENT. (A Ricardo.) ¿A qué obedece esta visita inesperada?

RIC. A un pleito, á un asunto complicadísimo, que te voy á contar.

VENT. Sí, papá, cuénteme usted... pero sentémonos primeramente con toda comodidad... aquí. (Sentándose en el sofá.) ¡Y ahora soy todo oídos!

RIC. Lo malo es que no sé por dónde principiar.

VENT. Pues principie usted... por el principio.

RIC. Necesito tomarlo muy de lejos.

VENT. (Echándose hacia atrás.) ¡Tómelo usted todo lo lejos que quiera!... ¡No tengo prisa, estoy exclusivamente á su disposición! (se adormece.)

RIC. Bueno, pues has de saber que tengo en mi pueblo un vecino... (Parándose.) Oye; ¿por qué cierras los ojos?

VENT. (Turbado.) ¿Quién... yo? ¡Para hacerme cargo mejor! ¡No haga usted caso! Continúe como si no hubiese aquí nadie. (Mientras Ricardo prosigue se va durmiendo poco á poco.)

RIC. En los terrenos que ha tomado en arriendo mi vecino, existe un pozo de agua potable, del que me sirvo hace años, en virtud de una escritura que hice con el propietario de dichos terrenos. Ahora bien, habiendo yo

alquilado el pozo es evidente que debo tener libre el camino que conduce á él... ¡Esto es de sentido común! ¿No te parece?

VENT. (Deja caer la cabeza sobre el pecho, completamente dormido.)

RIC. (Tomándolo por un acto de aprobación.) ¡Ah, tú dices que sí, pero en cambio mi vecino dice que no! Razona, ó mejor dicho, desvaría de este modo: «¡El pozo te pertenece, es cierto, y yo no lo utilizo. Pero el camino es mío, y no te permito el paso por mi finca!» En tales condiciones, ¿para qué me sirve el pozo? ¡Tengo acaso obligación de mandar construir un globo aerostático para sacar el agua? ¿No te parece una majadería semejante pretensión? (Con extrañeza.) ¿Cómo... no respondes?... ¡Yerno!... (Más alto.) ¡¡Yerno!..

VENT. (Dejando caer la cabeza sobre el sofá, completamente dormido y roncando.)

RIC. ¡Muy bonito! ¡Está como una marmota! ¡Para esto no valía la pena de que se levantara tan temprano!... Ó será por el contrario...

ESCENA V

DICHOS y JUANA

JUANA (Que ha entrado por el foro á las palabras de Ricardo: «Para esto no valía la pena, etc.» llevando en una bandeja el desayuno, sonriendo al ver á Ventura.)

RIC. (Observando la mirada de Juana y comprendiendo.) ¡Ah! (Confidencialmente.) Oye, Juana, ¿á qué hora vino anoche el señorito?

JUANA (Titubeando.) ¡No sé!

RIC. (Dándole dinero.) ¡Vamos, contesta! ¿A qué hora vino anoche?

JUANA Anoche, á ninguna... Esta mañana, á las ocho.

(Vase por la derecha con la bandeja.)

RIC. ¡Carambita con el mozo! (Despertando enérgicamente á Ventura.) ¡Ventura, despierta! ¡Vamos, hombre!

- VENT. (Despertando.) Bien... prosiga... el pozo. .
- RIC. ¡Qué pozo ni que cisterna! Si no has oído una palabra.
- VENT. ¡Bah! ¿Que no he oído? ¿Quiere usted que le repita cuanto ha dicho?
- RIC. Mira, para pegármela á mí, necesitas madrugarse más.
- VENT. ¡Hombre, eso es demasiado!
- RIC. ¡Calla, pillín! ¡Lo sé todo! ¡Has estado de francachela toda la noche!
- VENT. (Levantándose rápidamente) Puesto que lo sabe usted, permítame que me acueste una hora por lo menos. (Quiere irse apresuradamente por la primera izquierda.)
- RIC. (Deteniéndole severo.) ¡Ventura, mientras dure mi permanencia en esta casa, si te atreves á pasar otra nochecita entera de juerga... (Cambiano de tono.) tienes obligación de llevarme contigo! ¿Has oído?
- VENT. ¡Dios sabe cuándo se me volverá á presentar esa ocasión!
- RIC. ¿Has tenido algún altercado con tu mujer?
- VENT. Me ha amenazado, nada menos, que con el divorcio.
- RIC. Esa mala costumbre, la ha heredado de su madre. ¡Cuántas veces me ha amenazado con eso mismo mi mujer!... Pero no temas... (Con sentimiento.) no cumple ninguna esa promesa.
- VENT. Y además, me ha soltado, furiosa, la gran filípica.
- RIC. Ese vicio también lo ha heredado de su madre. Matilde habla siempre sin ton ni son.
- VENT. Crea usted, papá, que mi nombre es un contrasentido. No puedo cometer el más ligero pecadillo, realizar la más insignificante trasgresión matrimonial, sin que el hecho sea en seguida del dominio público. En esto hay que reconocer que soy el rigor de las desdichas, que tengo verdadera mala sombra.
- RIC. Porque no adoptas quizás las precauciones necesarias. ¿Sabes lo que yo he hecho? (Confidencialmente) Pues me he procurado un alia-

do, don Eleuterio Perea, rico agricultor de Pego, secretario de la liga católica; una buena persona que me presta auxilio en los momentos criticos. Cuando venimos mi mujer y yo á Madrid, me gusta ir siempre alguna nohecita de juerga, y para que ella no caiga en malicia, ¿sabes cómo me las compongo? Pues recibo una carta del señor Perea, rogándome que vaya aquella misma noche á su casa para tratar de un asunto sumamente importante.

VENT. ¿Y si su mujer tropieza el día menos pensado con el señor Perea y le estropea la combinación?

RIC. (sonriente) ¡Imposible!

VENT. ¿Por qué?

RIC. Porque el señor Perea no ha existido jamás. Es un parto de mi fantasía, ó mejor dicho, de mi talento imitativo, porque el invento no es mío. Muchos, antes que yo, se han servido de él.

VENT. (Riendo.) ¡Já, já, já! El medio no es malo. ¡Cuánto daría usted por ser soltero!

RIC. ¿Yo? ¡Todo lo que tengo! Soltero ó viudo; eso me es indiferente. ¡Comprendo que no es correcto que yo te enseñe estas cositas, pero entre víctimas debe haber solidaridad!

VENT. ¿Cree usted que no he inventado ya una estratagema? Querido papá, mi amigo Perea se llama Francisco Costa y es portugués. Si alguna noche llego tarde á casa, es él quien me ha retenido; si voy al teatro, él quien me ha convidado. «El, siempre él:» dice mi mujer. La única diferencia entre nuestros dos aliados, estriba, en que el mío existe realmente, pero por fortuna hace tres meses que está en Africa; luego ya ve usted si puedo estar tranquilo.

ESCENA VI

DICHOS, JUANA, Después COSTA. Luego, CLEMENCIA

- JUANA (En la puerta del foro vuelta de espaldas.) No sé si mi amo podrá recibirle á estas horas.
- COSTA (Con marcado acento portugués, elegantemente vestido, gaban claro, peinado modernista, quevedos, botines, lleva siempre una flor grande en el ojal.) O seu amo, menina, recebe sempre á toda hora, o seu amigo Francisco Costa.
- VENT. (Asustado.) ¿Tú aquí? ..
- COSTA (Saliendo con los brazos abiertos al encuentro de Ventura.) Meu caro Ventura, dí la verdad, ¿nao me esperaba, eh?
- VENT. (No volviendo de su asombro.) Verdaderamente que no. (Clemencia, quien se ha cambiado de traje, aparece en la segunda derecha y se detiene oyendo lo siguiente:)
- COSTA Un grave asunto obrígame á venir á verte.
- VENT. (Empujándole y dándole vueltas hacia la puerta del foro.) Bueno, chico... dispénsame. Dentro de un instante iré á buscarte al hotel.
- CLEM. (Intrigada.) ¿Pero Ventura, porque no quieres oír ahora á este caballero que desea hablarte de un asunto importante?
- COSTA (Con gravedad cómica.) ¡Oh! ¡Importantísimo!
- CLEM. Pase usted y haga el favor de tomar asiento.
- RIC. (Acudiendo en auxilio de Ventura.) Ven conmigo, Clemencia; estos señores tendrán que hablar de asuntos reservados y...
- COSTA ¡Ah! ¿E tua esposa? Rógote que me presentes.
- VENT. (Completamente turbado.) Sí, es verdad... Se me olvidaba... dispensa. (Presentando.) Mi mujer... Mi suegro...
- COSTA Bem, mas nao les dices quem eu sou.
- VENT. (Confuso.) ¡Ah! ¡Sí! Mi excelente amigo Paco...
- COSTA ¿Paco?... O meu nombre, señora, e Francisco Costa e Pereira de Sousa.
- CLEM. (Con fingida cordialidad.) ¡Ah! ¿Es usted el señor Costa?

- COSTA (Inclinándose ceremoniosamente.) Um seu creado.
CLEM. ¡Gracias á Dios que al fin le encuentro! Hace mucho tiempo que deseaba conocer á usted.
- COSTA E muita amabilidade...
CLEM. ¡Un amigo tan íntimo de mi marido!
COSTA ¡Amicísimos! Posso dizerlo sem receio de ser inmodesto. E pena que nos veamos tan raras veces.
- CLEM. No opino lo mismo. Si no tienen tiempo de verse durante el día, al menos se ven ustedes casi todas las noches.
- COSTA (Con extrañeza.) ¿Casi todas?...
VENT. (Interviniendo rápidamente.) ¡Vamos, Clemencia, no nos interrumpas que este caballero tiene prisa!...
- CLEM. Más valiera que la hubiese tenido anoche.
COSTA ¿Añoite?... Estava tan cansado que me metí na cama.
- CLEM. ¿Pero no cenó usted anoche con mi marido?
COSTA ¡Nao! Cheguei ayer á Madrid, procedente de Egipto, onde estive tres mezes.
- RIC. (Aparte.) ¡Buena la ha hecho!
CLEM. ¡Tres meses! (A Ventura.) ¡Y tú que me asegurabas que veías diariamente á este caballero!
- COSTA (Asustado.) ¡Ah! ¿él dise?... ¡Isso e outra cousa! Desculpe vosa exselensia... Era eu entao quem estava enganado.
- CLEM. Señor Costa, muchas gracias por sus interesantes noticias. (A Ventura.) En cuanto á usted, caballero, luego hablaremos. (Vase airada segunda izquierda.)
- VENT. (A Ricardo.) ¿Ha visto usted qué suerte tan mala?
- COSTA (A Ricardo.) ¡Quer-me parecer que acabo de fazer uma grande... tontería!
- RIC. Opino lo mismo. (Vase segunda derecha.)
COSTA ¿Mas por qué nao me avisaste?
VENT. ¿Acaso tuve tiempo? ¡Ay, Costa! ¿Por qué no te ha atropellado un tranvía cuando venías á mi casa?
- COSTA (Estupefacto.) ¿Eh?
VENT. (Disgustado.) Caíste como un rayo, cometien-

do además una gran indiscreción. Y en resumidas cuentas: ¿qué quieres á una hora tan intempestiva?

COSTA (Con importancia cómica.) Teño á facerte uma comunicasao de suma importancia. ¡Trátase de evitar um grande perigo!

VENT. (Con indiferencia.) ¿Para tí?

COSTA ¡Nao, para tí!

VENT. (Vivamente.) ¡Habla! ¡Habla! Ya sabes cuánto te aprecio...

COSTA ¿Recórdaste da tua aventura de San Sebastián?

VENT. (Asustado.) ¡Calla, por Dios! ¡Siento escalofríos, cuando me hablan de San Sebastián!

COSTA E a consciencia que te remorde. ¿Para qué te desviaste do camino direito?

VENT. ¿Y quién no se desvía alguna vez en la vida? También tú, por ejemplo...

COSTA Eu meu caro, nao sou casado.

VENT. ¡Tienes razón; pero chico, era una ocasión tan propicia! Recordarás que se enamoró de mí con una pasión ardiente, irresistible...

¿Si hubieras oído con qué voz tan dulce me dió una cita? «¡Esta tarde... á las dos! En la playa.» Y luego me recomendó apasionadamente que no faltase y que fuese puntual. Era la hora de la comida; la Concha estaba desierta. Sentados ambos en un banco solitario, contemplábamos las olas encrespadas que venían á besar nuestros pies... mientras yo besaba amorosamente la mano de Filomena. Pero cuando apoyó con coquetería su cabeza sobre mi hombro... (Suspirando cómicamente.) ¡ay!... ¡por poco no me derrito!

COSTA (Con énfasis.) ¡Oh, e uma muller deliciosa!

VENT. Lo que nunca me he podido explicar, es cómo aquellos amores no pasaron de la primera entrevista. El entusiasmo de mi adorada, trocóse de pronto en una indiferencia glacial y no me volvió á hacer caso.

COSTA (Guiñando un ojo y adoptando una postura cómica de conquistador.) ¡Quieres, Ventura, que eu te explique ese misterio? Agora, pasado tanto tempo, ya t'o poso dizer... Eu teño una sorte

louca com as mulleres... E, porque ao día seguinte la formosa e irresistível Filomena marcou outra entrevista (Inclinándose ceremoniosamente.) á este, o teu creado.

VENT.
COSTA

(Asombrado.) ¿También á tí?

E também as dos da tarde. Parece-me que era aquella a sua hora fija.

VENT.
COSTA

¡Bah, con ese físico!...

Nao sé si por el físico ó por el moral. Lo que poso afirmar es que hasta hoy nao encontré muller que me resistiese. Encontrámonos junto á uma barraca, ambos em traje de baño. Como nao había banco... ficamos de pé, n'uma posicao deliciosa. Giraba á mi alrededor, como un diabliño en roupas menores. ¡E eu, podes figurarte febril, louco! Mas ao día seguinte, sucedeu-me como á tí; ¡mandóume ao diablo!... ¡E uma muller muito voluvel!

VENT.
COSTA

¡Dios sabe dónde habrá ido á parar!

¡Se tens empeño en saberlo, poso satisfacer a tua curiosidade!... ¡Está aquí... en Madrid!

VENT.
COSTA

(Sobresaltado.) ¿Aquí?

Sí; mora no mesmo hotel que eu. Anoite una camareira, entregóu-me esta carta (sacando una carta.) de Filomena, na que fálame sobretudo de tí.

VENT.

¿De mí? Veamos... (Cogiendo apresuradamente la carta y leyendo.) «Caballero: crea usted que sólo un motivo muy poderoso, me obliga á pedirle una entrevista...» ¿Otra?... (Gesto de Costa para que continúe.) «Se trata de un grave peligro para mí, y para don Ventura Calzadilla. Le ruego me conteste por medio de la camarera con toda urgencia. La señora de San Sebastián.» (Asustado.) ¿Un grave peligro para mí?

COSTA
VENT.

¡Sosega homem! ¿Qué te pode suceder?

¡Tú no me conoces!... ¡A mí me ocurren siempre las cosas más extraordinarias! ¡No estaré tranquilo hasta que no hables con Filomena!

COSTA

Bem, descansa. Falaré com ella inmediatamente.

ESCENA VIII

VENTURA, COSTA y RICARDO

- RIC. (Por la segunda derecha.) Ventura, he logrado tranquilizar algo á Clemencia. Va á salir ahora en coche con su madre y te aconsejo que las acompañes.
- VENT. Pero papá; si estoy rendido...
- RIC. No importa, vete con ellas; cómprala un regalillo, sé amable y todo se la olvidará.
- VENT. (De mala gana.) ¡Vamos allá!... ¡Con tal de que no me duerma en el coche! (Vase segunda derecha.)
- COSTA Eu tambien me voy. Mas antes fumaremos una cigarrilla. (Saca una petaca del bolsillo.) ¿Gosta vosa exselensia?
- RIC. (Titubeando.) Pero si apenas le quedan ..
- COSTA Queira servirse... ¡Está as suas ordens!
- RIC. (Aceptando.) ¡Muchas gracias!... ¡Qué petaca tan bonita!
- COSTA ¿Agrádale? ¡Está as suas ordens!
- RIC. ¿La petaca también? ¡Hombre, eso es demasiado!
- COSTA E costume portugueza. Cuando a un amigo le agrada cualquier objeto noso, fá-se-le presente d'él. Se uma persoa diz, por exemplo: «¡O señor tem uma sortilla magnífica!» ¡Está as suas ordens! ó bem: «A sua sogra é amabilisima...» ¡Está as suas ordens!...
- RIC. (Admirado) ¿También la suegra?
- COSTA Mas é claro esa nadie la aceita. (Después de una breve pausa.) Rógo-le a fineza de apresentar os meus respetos a sua señora filla... (Viendo la fotografía de la izquierda del foro.) ¡aquí esta ó seu retrato! ¡E encantadora!... ¡Nao se parece nada a vosa exselensial (Viendo el otro retrato.) ¡E ésta é muito bela! (Con interés.) ¿E tambien sua filla?
- RIC. No, es sobrina mía.
- COSTA Agráda-me extraordinariamente. (Con énfasis.)

- sis.) ¡Qué linda boca! ¡Que belos ollos!... ¡E pena que o señor nao seya portugués!
- RIC. (No comprendiendo) ¿Por qué?
- COSTA Para que me disese tambem: «¡Está as suas ordens!»
- RIC. (Con gravedad cómica.) As costumes portuguesas me reventan...
- COSTA Desculpe... refêrome únicamente á la fotografia. (Contemplando más de cerca el retrato.) Tal vez ó señor nao acredite, mas cuando veo uma muller bonita, me entusiasmo en el acto. ¿Pode creer que ya me sinto namorado por esta menina?
- RIC. Como es usted portugués...
- COSTA En cuestao de mulleres, nao sou muito exigente: só pretendo que á miña futura consorte, posea tres coisas; debe ser joven, debe ser bela é debe ser rica.
- RIC. (Sonriente.) ¡Tiene usted unas pretensiones modestísimas!
- COSTA ¡E verdade! ¡A poucos homens que sean tan modestos como eu! En quanto ao character, sólo exijo uma cualidade: ¡e que sea submisal Muller que sea arrogante, voluntariosa... Nao la posso sufrir... ¡Ah, si! ¡Ha ainda outra cualidade que eu exigere en miña muller, e sobre a cual, nao transijo; e que sea menos inteligente que eu!
- RIC. Me parece difícil...
- COSTA ¿Cómo?
- RIC. Digo que me parece difícil que la encuentre con todas esas cualidades reunidas.
- COSTA Tal vez caiba tal sorte á sua sobriña, lo que me dará gran prazer, porque me agrada inmenso. Si ella tivesse esa fortuna, la diré: «Miña señora, chámome Francisco Costa é Pereira de Sousa: teño en Portugal, sete casas, dez granjas agricolas, e uma renta anual de oite milloes de reis... E se nao le desagrado... ¡Estou as suas ordens!»

ESCENA IX

RICARDO, COSTA, ANGELA

- ANG. (Apresuradamente por el foro; habla siempre muy deprisa.) ¡Mi querido tío!
- RIC. ¡Querida Angela!
- COSTA (A parte, con admiración.) ¡E ella!
- RIC. (Abrazándola.) ¡Has hecho divinamente en venir en seguida!
- COSTA (A parte.) ¡Debe ser muito agradable ser tío!
¡Me faz crescer agua na boca!
- ANG. ¡Qué alegría cuando recibí su carta! ¡En el acto dejé los libros á pesar de que ahora tengo mucho que estudiar! Dentro de un mes me examino de maestra normal. (Viendo á Costa.) ¡Ay, dispense, creí que estaba usted sólo!
- RIC. (Presentando.) El señor Costa... mi sobrina Angela.
- COSTA ¡Miña señora! ¡Ya tiña ó prazer de cono-
cerla!
- ANG. (Admirada.) Pues francamente... no recuerdo donde...
- COSTA Aquí. ¡Por seu retrato! ¡Más original agrada-
me muito mais!
- ANG. (Algo turbada.) ¡Oh, es favor!
- RIC. (Distraído.) ¡Está as suas ordens! Quiero decir... (A Angela queriendo escusar á Costa.) Mira, el señor es portugués...
- ANG. ¡Ah, vamos!
- COSTA Si, miña señora, e teño sete casas, é dez granjas agrícolas no consejo de Coimbra...
- ANG. (Locuaz.) ¡Coimbra! Al norte de Lisboa, la antigua Conimbria de los romanos, capital de la provincia de Beira, á orillas del Mondego, con unos veinte mil habitantes, célebre por su Universidad...
- COSTA Precisamente...
- ANG. Goza de un clima excelente, de una exuberante vegetación. La Quinta de las Lágrimas

recuerda los trágicos amores de Inés de Castro, esposa del infante don Pedro, hija de Alfonso IV. ¡Cuántas veces habrá usted admirado la Fuente de los amores, junto á la cual fué villanamente asesinada por orden del rey!

COSTA ¡Oh! (silbando y describiendo espirales con el dedo; después algo confuso.) Verdadeiramente... nunca la ví... más teño oído falar d'ella.

ANG. ¿Pero no ha visto usted esa maravillosa colección de reliquias históricas que inmortalizó Camoëns en las famosas *Lusiadas*?

COSTA (Bajo á Ricardo.) ¿A sua sobriña é pasmosamente instruida?

RIC. (Bajo á Costa.) ¡En mi familia todos somos así!

COSTA (Alto á Angela.) Miña señora, debo dizer á vosa exselensia que vivo á maior parte do tempo no e xtranjeiro. Eu viajo constantemente.

ANG. ¡Qué suertel!

COSTA Ha apenas ocho días estaba eu no Cairo.

ANG. ¡La capital de Egipto! ¿Ha visto usted la aguja de Cleopatra? ¿Las pirámides? ¿Las esfinges? ¿Una inundación del Nilo? ¿Las tumbas y las momias de los Faraones?

COSTA (Con importancia cómica.) ¡Um guía árabe quiso chevarme á ver una momia femenina que acababan de descubrir depois de cuatro mil annos, más eu le declarei que nunca tive o menor interese por señoras d'essa idade!

RIC. (Riendo.) ¡Magnífica contestación!

ANG. ¿Y ha estado usted en Marruecos?

COSTA ¡Naturalmente!

ANG. ¡Qué país tan extraordinario! ¡Cuando nos volvamos á ver me tiene usted que contar muchas cosas de Marruecos!

COSTA Con todo o prazer... (A Ricardo.) ¡E terrível a sua sobriña! ¡E um catedrático con faldas!

ANG. ¡Mi sueño dorado ha sido siempre viajar! ¡Mira, tío, como me case alguna vez ha de ser con un hombre que le gusten mucho los viajes! Durante la luna de miel daremos la vuelta al mundo, y mi marido me contará la historia de todos los palacios, museos,

cuadros, monumentos... en fin, ¡de todo cuanto veamos!

- COSTA ¡En tao o mellor e casar con um *cicerone*!
- ANG. (Riendo.) ¡Tiene usted razón! (Sube hacia el foro para quitarse el sombrero.)
- COSTA (Bajo á Ricardo.) Sua sobriña e encantadora, mas nao tem a cualidade principal que eu exijo en miña muller. ¡E casi, casi, tan inteligente como eu! (Despidiéndose, alto) Meu caro senhor... ¡Miña meninal! (Subiendo hacia el foro; aparte, admirado.) ¡E pasmoso! ¡Casi tan inteligente como eu! ¡Qué tal diria! ¡E pena! (Vase foro.)
- ANG. ¡Qué tipo más célebre!
- RIC. No te burles. Se había enamorado de tí por tu retrato.
- ANG. ¿Y se ha desilusionado al verme?
- RIC. Completamente, ¡tienes demasiada sabiduría para él!
- ANG. ¡Lo siento!

ESCENA X

RICARDO, ANGELA CLEMENCIA; MATILDE y VENTURA

- CLEM. (Agitada, por el foro.) ¡Es demasiado! ¡Esto no lo puedo tolerar!
- RIC. (Sorprendido.) ¿Qué ha pasado?
- CLEM. ¡He sufrido con paciencia las calaveradas de mi marido, pero esta pasa de la raya!
- RIC. ¿Qué ha hecho de nuevo e-e desgraciado?
- MAT. (Entrando por el foro muy agitada.) ¡Ay, Ricardo, si supieras!
- CLEM. ¡Lo he visto con mis propios ojos!
- MAT. ¡Y á mí me parece que aun lo estoy viendo!
- RIC. ¿Pero qué ha ocurrido?
- CLEM. ¡Qué hombre, Dios mío, qué hombre!
- MAT. ¡Tan desahogado!
- VENT. (Por el foro completamente abrumado y con el pañuelo en la mano)
- RIC. ¡Aquí está!
- VENT. (Se dirige vacilante hacia el proscenio.)
- RIC. (A Ventura.) ¡Explicame!... ¡Vamos, dí!

- VENT. (Mudo. Con gesto de desesperación y como si quisiera dar á entender que todo se ha perdido.)
- MAT. (Aproximándose á Ventura, severa.) ¡Vamos, diga usted!
- CLEM. ¡Intenta al menos disculpartel
- MAT. ¡Defiéndasel
- CLEM. ¡¡Habla!!
- VENT. (Completamente desesperado, rehusando.) ¡Perdido!
¡Completamente perdido! (Se deja caer en una butaca.)
- RIC. ¡Con mil de á caballo, sepamos por fin de qué se trata!
- CLEM. Ibamos en un coche por la calle de Relatores...
- MAT. Cuando pregunté á Ventura qué novedades dignas de ser visitadas había ahora en Madrid, y me contesta: ¿Ha visto usted en su pueblo algún cinematógrafo?
- ANG. ¡Las fotografías animadas!
- MAT. Aun no, le respondo.
- CLEM. Y en seguida nos lleva presuroso al de la calle de Atcha.
- MAT. Entramos precisamente...
- CLEM. Cuando iba á principiar el espectáculo.
- MAT. Nos sentamos...
- CLEM. Se queda á oscuras la sala, suena un timbre...
- MAT. ¡Y comienza la representación!
- CLEM. Se suceden los primeros números del programa...
- MAT. Sin que ocurra nada importante.
- CLEM. (Sacando un prospecto del bolsillo y leyendo.) «Llegada de un tren á la estación de León.» «Diversiones infantiles.» «La demolición de un muro.» «Carga de caballería.» «Llegada del czar á París.»
- MAT. ¡Y ahora viene lo *gordo!*
- CLEM. ¡Después del czar! ¡Ay, papá! ¡El número seis!
- MAT. ¡Hemos visto una escena, que solo recordarla, me causa rubor! ¡No, no puedo oirla contar! ¡Me voy á mi cuarto! (Muy agitada, subiendo hacia la segunda derecha.) ¡Ay, Ricardo, por poco no pierdo el sentido!

- RIC. (Siguiéndola.) Pues no debes perderle, porque á veces hace mucha falta.
- ANG. (Vase siguiendo á Matilde, queriéndola tranquilizar.) ¡Pero tía, por Dios!
- RIC. (Regresando, aparte, y prometiéndoselas muy felices.) ¿Una escena cuyo solo recuerdo hace ruborizar á mi mujer?... ¡Necesito ir á verla!
- CLEM. (Entregando el programa á Ricardo.) ¡Lee tú mismo!
- RIC. (Leyendo.) «Número seis. Una aventura en la playa de San Sebastián.»
- VENT. (Con voz lastimera.) ¡Sí, en San Sebastián!
- RIC. (Sonriendo.) Me figuro... una escena algo *verde*.
- CLEM. ¡Más de lo que supones! En primer lugar, el mar iluminado por los rayos del sol... olas espumantes... algunas gaviotas vuelan rozando ligeramente aquí y allí la superficie del agua... En la playa solitaria, se ve un banco... De pronto aparece una señora vestida elegantemente... mira á su alrededor, como si esperase á alguien, y se sienta en el banco.
- RIC. ¡Ah, una cita! (Aparte.) ¡Uy, esas muchachas de los baños de mar... qué saladas deben de ser!
- CLEM. Luego sale un sujeto...
- RIC. (Aparte.) ¡Feliz mortal! (Alto.) ¡Continúa, continúa!
- CLEM. Vestido también con extrema elegancia y en traje de playa, completamente de blanco, desde los zapatos hasta la gorra. En el momento de entrar, se halla de espaldas á los espectadores. Corre lleno de alegría y con los brazos abiertos al ver á la señora... da media vuelta; le vemos por fin la cara y... ¿Sabes quién era? ¡¡Mi marido!!
- RIC. (Estupefacto, á Ventura.) ¡Ventura!... ¿Tú?...
- VENT. (Como anteriormente.) ¡Perdido! ¡Completamente perdido!
- RIC. (Severamente, volviéndose hacia Ventura.) Oiga usted, yerno.
- CLEM. ¡Oh! ¡Si no fuera más que eso!
- RIC. ¿Aun hay más?
- CLEM. ¡Ya lo creo, falta lo mejor! La parejita se

- sienta en el banco, y después de mil melindres, ella se inclina voluptuosamente, pone los ojos lánguidos, se abraza á él... suspira el galán, la besa las manos, se arrodilla á sus pies y pone una cara.. (Sumamente nerviosa.) ¡que de buena gana le hubiera abofeteado!
- RIC. (Reconviniendo á Ventura.) ¿Y hasta ese punto ha llegado usted? (A parte, alegre.) ¡Qué *punto*, Dios mío, qué *punto*!
- CLEM. (Indignada.) ¡Parecía un gato enamorado! Por último, aproxima su rostro al de ella, y después, ¡papá! (Casi llorando) ¡pone los labios así! (Como si se dispusiera á besar.)
- RIC. (Con ansiedad cómica.) ¡Prosigue! ¿Y después?...
- CLEM. ¡Osciló el aparato y terminó la vista!
- VENT. ¡Dios tuvo piedad de mí!
- CLEM. (Con creciente indignación) ¡Ya oyes cómo he llegado á saber las aventuras de mi marido en San Sebastián! ¡¡Por el cinematógrafo!
- RIC. (Con envidia.) ¡Qué suerte!
- CLEM. (Reconviniéndole.) ¡Papá!...
- RIC. (Rectificando incomodado.) ¡Quiero decir que es una suerte tener un *erno* de este género!
- CLEM. ¡Y á mí que me escribió que estaba enfermo y que no se podía mover!... ¡Y poquito que se movía el *sinvergüenza*!
- VENT. ¡Pero Clemencia!...
- CLEM. (Furiosa.) ¡Cállate, cínico!
- VENT. ¡Si yo te dijera que ha sido esa la única cita de toda mi vida!
- CLEM. ¡Seguramente en las demás no te habrás dejado fotografiar!
- VENT. Palabra de honor que entre esa señora y yo no ocurrió nada más que lo que tú misma acabas de ver.
- CLEM. ¿Y quieres que te crea cuando te he visto con los labios dispuestos para besarla?
- VENT. ¡Pero si no la llegué á besar!
- CLEM. ¡Porque el aparato osciló!
- VENT. ¡Y yo también oscilé como el aparato! ¡Créeme, se levantó de repente, me hizo una reverencia, me quitó la gorra completamente asombrado... ella se fué por la derecha y yo por la izquierda! ¡No pasó más!

- CLEM. ¡Bah, no es que yo haya creído nunca que mi marido es mejor que los demás hombres!..
- RIC. (A Ventura.) ¡Tiene razón!
- CLEM. ¡Todos son unos calaveras!
- RIC. (Idem) ¡Tiene razón! (A Clemencia.) ¡Conven- drás, sin embargo, en que hay excepciones!
- CLEM. ¡Pero al menos los demás no sacan sus aven- turas á relucir! ¡Mi marido se deja fijar en la linterna mágica, haciendo que le vea el público por cincuenta céntimos de entrada!
- RIC. (Leyendo el programa.) «Niños, y militares sin graduación, un real.»
- CLEM. ¡Lo que es ésta no te la perdono! (vase.)
- VENT. (Suplicante.) ¡Clemencia!...
- RIC. (A Ventura) Pero desdichado, ¿cómo se te ha ocurrido llevar á tu mujer á semejante es- pectáculo?
- VENT. ¡Me estaba cayendo de sueño y pensé que, como la sala estaba á oscuras... podría dormirme un ratito!
- RIC. ¡No sé como puedes dormir con la concien- cia más negra que la boca de un horno!
- VENT. ¡Querido papá, sea usted bueno! ¿Es que nunca en su vida ha tenido usted una aven- tura?
- RIC. (Con cómica indignación.) ¡No te permito que sospeches de la moralidad de mi vida pri- vada!... ¡Lo que te aseguro es que jamás me dejé fotografiar infraganti!
- VENT. ¿Pero cree usted, acaso, que coloqué yo allí al fotógrafo con la máquina?
- RIC. ¡Podías haber tomado tus precauciones!
- VENT. ¿Quería usted quizás que hubiera llevado un letrero en la gorra que dijera: «Se prohi- be la reproducción»?
- RIC. ¡No hubiera estado demás!

ESCENA XI

RICARDO, VENTURA y COSTA

- COSTA (Precipitadamente por el foro.) ¡Ventura! ¡Ventura! ¿Sabes á última novidade? ¡Estás exposto no cinematógrafo!
- VENT. (Furioso.) ¡Ya lo sé!... ¡A buena hora me lo avisas!
- COSTA ¡Farteime de reir! ¡Tens muita grasa!
- VENT. ¡Pues maldita la que á mí me ha hecho!
- COSTA ¡E preciso que tua muller nao vaya ao cinematógrafo!
- RIC. ¡Si ya lo ha visto todo!
- COSTA ¿E quem foi ó idiota que á levou?
- VENT. ¡Yo!
- COSTA (Estupefacto.) ¿Tú mesmo?
- VENT. ¡Sí... yo! ¡Y como si eso no fuera bastante, he llevado también á mi suegra!
- COSTA ¿Tua sogra também? ¡¡Isto é o colmo dos colmos!!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

VENTURA. Entra con precaución y de puntillas como en el acto anterior, y escucha en la puerta de la primera izquierda

No se oye nada... Clemencia estará aún en la cama... Pero cuando se levante... ¿qué sucederá?... ¡Estoy completamente rendido!... ¡La segunda noche que paso sin pegar los ojos! ¡No puedo más!

ESCENA II

VENTURA y RICARDO

RIC. (Por la derecha.) ¡Chico, te felicito! ¡Mi cama era de primera!

VENT. ¡Ha dormido usted bien! ¿Pero sabe usted cómo he pasado yo la noche? Pues en el sofá de la sala, encogido como un erizo. Clemencia se encerró en su cuarto negándose á abrirme, y mientras tanto, mi cama permanecería vacía.

RIC. No; ha dormido en ella mi mujer. Lo que más me asombra de tu aventura, es, cómo

no se le habrá ocurrido al que explota el genial invento de Edison, poner junto á vosotros un fonógrafo para que el público pudiera gozar oyendo el consiguiente diálogo. ¿Pero por qué no te defendiste?

VENT. ¿Y cómo quería usted que me defendiera, cuando la prueba acusatoria no podía ser más gráfica?

RIC. ¡Más pornográfica, debieras decir! ¡Pero, aun así y todo, se inventa cualquier cosa! Actualmente la mayor falta que puede cometer un marido...

VENT. ¡Es engañar á su mujer!

RIC. ¡No, hombre, es que le pesquen á uno!

ESCENA III

DICHOS y MATILDE

MAT. (Taciturna) Buenos días.

RIC. Muy buenos, Matilde... ¿Has descansado bien?

MAT. Admirablemente. (Mirando de soslayo á Ventura; severa.) ¿Y usted?

VENT. ¡No he dormido nada!

MAT. A eso ya estará usted acostumbrado; cuando se tiene la conciencia tranquila, se duerme siempre bien.

VENT. No ha sido por falta de conciencia, sino de colchones. Dígame: ¿habló usted á Clemencia en mi favor?

MAT. No. «Entre marido y mujer, nadie se debe meter», dice el refrán.

VENT. (Aparte á Ricardo.) ¡Es una perla!

RIC. (Bajo á Ventura.) ¡Cómo se conoce que tú no eres joyero!

MAT. Pero la he manifestado, con toda franqueza, lo que opino sobre usted. «Después de todo, la dije lo ocurrido, es natural...»

VENT. ¡Gracias, mamá! (Aparte.) ¡Y aun hay yernos que critican á las suegras!

MAT. (Prosiguiendo.) «Porque Ventura es un clínico, un calavera.»

- VENT. (Completamente estupefacto.) ¿Eh?
MAT. (Idem.) «Si quieres transformarle en un buen marido... comienza por amargarle la existencia...»
- VENT. (Aparte.) ¡Qué harpía!
RIC. (Ríe á hurtadillas.)
MAT. (Idem.) «Hija: si pasas por ésta, estás perdida. ¡Hay que tener á los maridos siempre en jaque! Como eres mujer, no necesito indicarte los mil medios de que dispones para amargar la vida á tu esposo. Por lo pronto, empieza por darle esta noche con la puerta en las narices, ha-ta que esté más manso que un cordero...» Después me pidió que la aconsejara, pero la contesté: «Clemencia, no te puedo aconsejar, porque es uno de mis principios no mezclarme en asuntos matrimoniales. Pero si el caso me hubiera ocurrido á mí, consultaría con un abogado, encargándole que plantease inmediatamente la demanda de divorcio.»
- RIC. (Interviniendo.) No seré yo quién le defienda, pero opino que no estaría de más un poco de clemencia.
- VENT. (Abrazando á Ricardo.) Gracias; crea usted que no estaría de más...
- MAT. (Incomodada.) ¡Ah! ¿Tomas la defensa de ese libertino?
- RIC. ¡No; eso no!... ¡Pero al fin, todo se perdona en este mundo!
- CLEM. (Entra y se queda parada en la puerta oyendo la disputa.)

ESCENA IV

DICHOS y CLEMENCIA

- MAT. (Sarcástica.) ¡Naturalmente, cuando es el marido el que engaña á su mujer! ¡Tendría que oír lo que dirías si el caso te hubiera ocurrido á tí!
- RIC. (Con extrañeza.) ¿A mí?

- MAT. Suponte que ayer hubiéramos ido ambos al cinematógrafo, y que precisamente en el célebre número seis me hubieras visto sentada en el banco esperando á mi adorado tormento, ¿qué dices á esto?
- RIC. ¡Que no vendría!...
- MAT. (Furiosa) ¡¡Ricardo!!
- RIC. ¡Que no vendría á ser la misma cosa, mujer; déjame concluir!
- MAT. (A Ricardo.) ¡Eres muy injusto!
- CLEM. (Interviniendo.) Les ruego que no riñan por mí. He tomado ya mi resolución y se la voy á comunicar en seguida á este caballero.
- VENT. ¿A mí? ¡Habla, querida Clemencia! (Se aproxima á ella.)
- RIC. Haréis divinamente en tener una explicación. Pero calma, hija mía. ¡La cosa no merece la pena!
- MAT. Ricardo... no te mezcles en eso. Mira cómo yo me mantengo neutral. Vámonos. (Bajo á Clemencia.) Si se tratase de mi marido le diría: «O me llevas este verano á San Sebastián, ó nunca te perdonaré». Pero se trata del tuyo, y yo tengo por principio no meterme en estas cosas. (Vase primera izquierda.)
- RIC. (Bajo á Ventura.) ¿Has encontrado alguna excusa?
- VENT. ¡Una muy ingeniosa! ¡Ya verá usted qué bien me las compongo!
- RIC. Luego me la contarás. (Yéndose, aparte.) Quizás me pueda ser útil si alguna vez me falla el amigo Perea. (Vase primera izquierda.)

ESCENA V

VENTURA y CLEMENCIA

- CLEM. Ya estamos solitos. Has tenido tiempo de prepararte. Tengo curiosidad de oír tu propia defensa.
- VENT. ¡Te equivocas! ¿De qué me voy á defender? ¡Si lo que voy á hacer ahora es acusarte!

- CLEM. (Sorpresa.) ¿A mí?
VENT. ¡Sí! Porque has cometido una gran injusticia con tu excelente marido.
- CLEM. ¿Quieres hacerme creer que no eres el galán de aquella escena?
VENT. No pretendo negarlo. ¿Pero quién te dice que esa entrevista se verificó *después* de nuestro casamiento? *En eso, en eso* es en lo que debías de haberte fijado. (Gesto de sorpresa de Clemencia.) ¿De soltero no he ido yo siempre á París, deteniéndome hasta quince y veinte días en San Sebastián?
- CLEM. (Pensativa.) Es cierto...
VENT. Pues bien, mi famosa entrevista, data de aquella época.
- CLEM. ¿Luego pretendes que ese retrato fué hecho?...
VENT. Siendo yo soltero. ¿Sabes la fecha? Por fortuna no, luego...
- CLEM. No digas más... es un buen pretexto.
VENT. (Ingenuamente) ¿Verdad que sí? (Rectificando vivamente.) Es decir, no es un pretexto, es la pura verdad.
- CLEM. ¿Sabes cuántos años hace que estamos casados?
VENT. ¿Cómo he de olvidar el día más feliz de mi vida? El 24 de Mayo de 1894.
- CLEM. Exactamente. Hay, por tanto, un ligerísimo error en tu explicación.
VENT. (Sorpresa.) ¿Cuál?
CLEM. En aquella época, aun no había sido inventado el cinematógrafo.
- VENT. (Aparte, con desaliento.) ¡Diantre, en eso no había yo caído! (Alto.) Sé razonable cinco minutos.
- CLEM. (Cómicamente llorosa.) ¡Es demasiado tiempo!
VENT. Pero, ¿con quién quieres que yo te engañe?
CLEM. (Vivamente.) Con nadie. Si al menos estuvieses arrepentido.
- VENT. (Escapándosele involuntariamente.) Para eso siempre hay lugar.
- CLEM. (Irónica.) Quizás te sientas ahora satisfecho por ser un hombre célebre... porque eres.. *El sujeto del cinematógrafo.* El público paga

por reirse de tus muecas. Entre tú y yo media un abismo.

VENT. Pero el abismo atrae... Mira, Clemencia, corramos un velo sobre este desgraciado asunto. (Se sienta junto á ella en el sofá.) Si esto no basta, marchémonos hoy mismo á París. (Acercándose más y tratando de acariciarla.) Y cuando estemos lejos de la Corte, ya verás cómo me perdonas y cómo me amas todavía. (Poco á poco se ha puesto de rodillas y abre los brazos echándose algo hacia atrás.) ¡Clemencia! ¡Clemencia mía, mírame con esos herinosos ojos!...

CLEM. (Qué ha permanecido casi vuelta de espaldas á él, se vuelve y lanza una sonora carcajada,) ¡Já, já, já! (Ventura, desconcertado, quiere levantarse. Ella le obliga á permanecer en la misma posición.) ¡No te muevas!.. La misma posición que tenías ayer en el cinematógrafo. ¡Qué ridículo estás! ¡Ja, já, já! (Vase riendo primera izquierda.) ¡Pero qué ridículo estás!

VENT. (Arrodillado aún, mira aturdido detrás de ella, después se levanta furioso.) ¡Suerte maldita! ¡Y precisamente me pongo en esta postura! ¡Ya no soy á sus ojos un marido, sino un payaso! ¡Oh, ese Edison, ese maldito Edison, si cayese en mis manos!

ESCENA VI

VENTURA y JUANA. Después LLORENS

JUANA (Por el foro.) Señorito, ahí está el señor Edison.

VENT. (Se lanza furioso hacia la puerta del foro, pero se detiene de repente) ¡Bah! ¿Estas loca?

JUANA (Dándole una tarjeta.) ¡Eso dice aquí!

VENT. (Leyendo.) «Edison's Cinematograph. Representante en Madrid: Gumersindo Llorens.» (Aproximándose á la puerta del foro.) Haga usted el favor de pasar.

LLOR. (Por el foro.) Con su permiso... (Juana vase.)

VENT. (Invita por señas á Llorens que se siente; ambos lo hacen.)

LLOR. Me han dicho que estuvo usted ayer á bus-

carme en contaduría estando yo ausente... (Mirándole atentamente.) Si no me engaño, ya he tenido el honor de ver á usted en alguna otra parte...

VENT. Me parece que no.

LLOR. Su rostro no me es desconocido... esa cabeza, esa nariz, esos ojos. ¡Justamente! ¡Usted es mi número seis! ¡Ahora me explico el éxito de esa vista! Ayer en vez de seis representaciones me vi obligado á dar diez. Puede usted estar orgulloso.

VENT. (Riendo de mala gana.) ¡Já, já, já! ¿No ve usted cómo me río? (Indignándose de pronto.) ¿Cree usted que yo me presto á servir de reclamo á su barraca? ¡Le exijo que hoy mismo desaparezca esa vista del programa!

LLOR. Dispense usted, pero...

VENT. Si no recurriré á los tribunales.

LLOR. Dudo que consiga usted nada. Por otra parte, eso solo serviría para aumentar la fama del número seis. La prensa se ocuparía del hecho y además, comprenda usted que no puedo prescindir de esa vista sin sufrir una gran pérdida en mis intereses.

VENT. Bueno, pues yo le indemnizaré. ¿En cuánto estima usted el valor de mi persona?

LLOR. (Ceremonioso) Si dijera una cifra muy exigua, se sentiría usted ofendido.

VENT. No tengo esa susceptibilidad. Yo soy muy modesto. No le será á usted tampoco difícil hallar otra escena para sustituir el número seis.

LLOR. No necesitaré cambiar el título de la misma en el programa. Tengo precisamente otra película de la playa de San Sebastián, y la acción corre á cargo también de dos personajes.

VENT. Esa circunstancia facilita el asunto. En resumen, ¿cuánto quiere usted?

LLOR. Le ruego me permita echar antes mis cuentas... así de pronto, no me es posible.

VENT. Dígame. ¿No habrá peligro de que surja por ahí algún otro empresario exhibiendo la misma vista?

- LLOR. No, esté usted tranquilo. En Madrid le puedo garantizar que...
- VENT. Pero, ¿y en el resto de España?
- LLOR. ¡Eso ya varía! Formamos parte de una sociedad belga y trabajamos con el mismo material. Concurrimos á las poblaciones en que se celebran festejos, á las ferias de importancia...
- VENT. ¡Estoy divertido! ¡Figuro ya en las ferias, entre el burro amaestrado y la mujer cañón!
- LLOR. Es un medio como otro cualquiera de sobresalir del vulgo.
- VENT. Pase usted á mi despacho... (Indicándole la segunda izquierda.) Soy con usted en seguida.
- LLOR. ¡Hasta ahora! (vase.)

ESCENA VII

VENTURA, JUANA y FERNANDO

- JUANA (Por la segunda izquierda.) Señorito: el tenedor de libros desea hablar con usted.
- VENT. Dile que pase.
- JUANA (Hace señas á Fernando para que entre y después se entretiene arreglando algunos muebles de la habitación)
- VENT. ¡Hola, Fernando! ¿Qué desea usted?
- FERN. Se ha recibido hoy esta carta de don Nicolás Cordoncillo, (Entregándosela.) nuestro corresponsal en Pancorbo, y sin fijarme que decía el sobre: «Particular» la he abierto inadvertidamente...
- VENT. ¡Eso qué importa!... (Abriendo la carta y leyendo.) «Querido Calzadilla: Le aconsejo que venga inmediatamente á Pancorbo...» (Mira á Fernando.)
- FERN. (Que estaba sonriéndose se encoge de hombros turbado.)
- VENT. (Prosiguiendo la lectura.) «Ha sido usted expuesto en la feria de esta en un cinematógrafo...» (Hablando.) ¡También en Pancorbo! ¡Luego ya me exhiben como un animal raro!

- (A Fernando.) ¡Y precisamente va usted y me abre esta carta!
- FERN. ¡Si todos los del escritorio lo sabemos! ¡Fuimos anoche al cinematógrafo!
- VENT. (Indignadísimo.) ¡Todos van á admirar el fenómeno!
- FERN. ¡Oh, pero qué bien está usted! ¡Nos reímos la mar!
- VENT. ¡Bueno, bueno! (Incomodado.) ¡Déjeme usted en paz!
- FERN. (Vase foro, encogiéndose de hombros.)
- JUANA (Aproximándose á Ventura) Señorito... quisiera pedirle un favor... ¿No le sería posible obtener una entrada para mí?
- VENT. ¿Una entrada?
- JUANA Sí, para ese espectáculo en que se ríe tanto el público con las cosas que hace usted.
- VENT. ¿Quién te ha dicho eso?
- JUANA ¡El carnicero, que estuvo ayer en el cinematógrafo! ¡Dice que no le falta á usted más que hablar!... ¡Si fuera posible, se lo agradecería!.. (Vase por el foro.)
- VENT. (Desesperado.) ¡Dios sabe lo que me costará la aventural ¡No importa, con tal de no oír hablar más de ese maldito cine...!

ESCENA VIII

VENTURA y RICARDO

- RIC. (Por la primera izquierda.) Ventura: ¿has arreglado ya lo del cinematógrafo?
- VENT. (Furioso.) ¡No repita usted esa maldita palabra!
- RIC. Pero si me han dicho que ha estado aquí...
- VENT. ¡Sí, pero me crispa los nervios hablar de ese condenado invento! Voy un instante á mi despacho. (Medio mutis.) Mire usted; no volveré á tener en mi vida ninguna cita, pero si por casualidad faltara á mi palabra... ¡¡sólo durante un eclipse de luna y completamente á obscuras!! ¡Al menos así tendría la

seguridad de que no me retrataban! (vase se-
gunda izquierda.)

RIC. ¡Ten cuidado, que ahora se obtienen foto-
grafías de noche!

ESCENA IX

RICARDO y COSTA

COSTA ¡Hola, señor Ricardo! ¡Nao está en casa Ven-
tura?

RIC. Sí.

COSTA Rógo-le la fineza de o mandar chamar in-
mediatamente. Teño que falarle do cinema-
tógrafo.

RIC. (sonriéndose.) ¡Vaya usted mismo á decírselo
y verá qué bien le recibe!

COSTA Preciso comunicarle uma grande novidade,
é teño tambien outra para vosa exselensia.

RIC. ¿Para mí?

COSTA ¡Dile ayer á desagradável noticia de que nao
me conviña casar com sua sobrina! ¡Pois en-
gaineme! ¡Acho-la deliciosa é preciso abso-
lutamente casar com ella!

RIC. ¿A pesar de que es tan inteligente como
vosa exselensia?

COSTA A pesar de tudo. E joren, e bonita, e se nao
é rica... ¡paciencia! lo sou eu por dois. (con
énfasis.) ¡A vida sem uma compañeira é por
extremo árida e monótona!

RIC. (Con malicia.) ¡Por eso hay muchos que tienen
dos!

COSTA En quanto á erudissao, poso estudar e ultra-
pasarla. Ella falóume ayer de Marrocos. Pois
bem, hoy estou habilitado á facerle uma di-
sertasao sobre ese paiz. (Recitando muy deprisa.)
«Marrocos e um imperio de Africa septen-
trional. A sua populasao de dez milloes,
compoese de judeos, negros, mouros, berbé-
res e árabes. Cayou baixo ó dominio dos ára-
bes em setecentos doze e mas tarde conquis-
tou sua liberdade baixo ó heróico sultan...»
¿Eh, que me diz á isto?

RIC. ¡Que estoy estupefacto!
COSTA ¡Penso encasarme na cabeça tudo ó dicio-
nario enciclopédico!

ESCENA X

DICHOS y ANGELA

ANG. (Por la segunda izquierda; á Ricardo.) Tío; Clemen-
cia está haciendo el equipaje, y dice que se
va en el primer tren.
RIC. ¡Eso es una locura! Voy á hablar con ella.
Dispense, señor Costa, si le dejo á solas con
mi sobrina.
COSTA Com todo o prazer...
RIC. (Indicando á Angela.) Está as suas ordens. (vase
primera izquierda.)
COSTA (Inclinándose y ofreciendo el ramo á Angela.) Miña
señora: ¿tame licencia?
ANG. ¿Para mí?... ¡No sé si deba!...
COSTA Rógo-le que aceite...
ANG. Es usted muy amable... ¡Creí que ya me ha-
bía olvidado!
COSTA (Con énfasis.) ¿Olvidarle eu?... ¡O que sinto
immonso e nao poder ofrecerle flores mais
raras!.. ¡Se estivésemos, por ejemplo, en
Marrocos!... (Observando que Angela no le mira y
leyendo á escondidas en los puños de la camisa.) «A
flora de Marrocos é luxuriante, tem grande
abundancia de palmeiras, figos, dátiles, pi-
mentos, canela... e...» (Sacando más los puños.)
ANG. (Volviéndose.) ¿Y qué más?
COSTA (Dejando caer rápidamente ambos brazos.) ¡E... e,
outras muitas plantas!
ANG. ¡Ah, sí; al sur qué hermosural ¿Y durante
el verano ha estado usted en Barritz, en
San Juan de Luz, en Cauterets, en San Se-
bastián...?
COSTA ¡Oh, formosísimo! ¡Que paiz tan esplendido,
qué vistas, qué bailes!
ANG. ¡Ah! ¿Sabe usted bailar?
COSTA Posso dizerlo sem receio de ser inmodesto:

eu sou o primer danzante do mundo. ¡Mas mañana falaremos d'isso! Hoy fiquemos en Marrocos. (Mirando de nuevo en sus puños.) «Marrocos posée un clima benigno no inverno, e cálido no verao...»

- ANG. Ha estudiado usted bien el asunto...
- COSTA Como si estivese na mais tierna infancia.
- ANG. ¿Y para qué se toma usted ese trabajo?
- COSTA Vou dizerselo con toda franqueza. Cuando encontro uma muller bonita, paréceme lerle sempre nos ollos esta pregunta: «Este señor Costa é un homem rico, independiente, joven, simpático, elegante...» (Esperando) ¿Eh?
- ANG. (Sonriendo.) ¡Yo no le contradigol
- COSTA (Inclinándose ceremoniosamente.) Muito obrigado. Por consiguiente: ¿por qué é qué él ainda nao se casou? ¿Nao e verdade que á menina ya fez esa pregunta á sé mesma?
- ANG. Francamente, no señor. Me parece muy natural que no quiera usted renunciar tan pronto á su libertad
- COSTA ¿Mas entao acredita que sea absolutamente preciso un homem perder á sua liberdade, pelo solo facto de casarse?
- ANG. Cuando un hombre se casa, no se pertenece á sí mismo, pertenece también á su mujer.
- COSTA ¡Hasta un certo punto!... (Con gravedad cómica.) ¡Pòso dizerlo sem receio de ser inmodesto!
- ANG. (Irónica.) Según usted, la mujer debe agradecer las caricias del marido como si fuera un perro al que por lástima se arroja un hueso. ¡Qué idea más rara tiene usted del matrimonio!
- COSTA (Acalorándose.) ¿Mas entao a menina entende que deve fazer de su marido um topo, uma marmota ó um macaco?
- ANG. Si mi marido me quiere, no debe llevarme la contraria.
- COSTA (Con gravedad cómica.) Mas a Escripura diz exactamente o contrario: «Teu marido, será o teu señor o amo.»
- ANG. (Irónica.) ¡Será!... en el futuro perfecto... Pero búsqieme usted uno que lo sea en los

tiempos actuales. y me declaro vencida en el acto.

- COSTA ¡Muito bem! ¡Ese homen serei eul
ANG. ¡Me parece que se equivoca usted! (Se aleja vivamente hacia la izquierda.)
COSTA ¡Un portuguez nao pode equivocarse nunca! (Se dirige enfadado hacia la derecha.)

ESCENA XI

COSTA, ÁNGELA y RICARDO

- RIC. Aquí estoy de nuevo. ¿Qué tal lo han pasado ustedes?
ANG. Admirablemente. El señor Costa será una excelente persona, pero si me casara con él nos tiraríamos diariamente los trastos á la cabeza. (Irónica.) Tiene opiniones demasiado asiáticas (Vase segunda izquierda.)
RIC. ¿Qué diantre ha contado usted á mi sobriña de Asia?
COSTA Meu caro señor: sinto muito dizérselo, mas sua sobriña e muito voluntariosa. Vossa exselensia sabe qual e uma das principaes cualidades que eu exijo de miña futura muller: ja submissao! Mas Angela, pelo contrário... Nao, rógole que nao tente persuadirme: ¡nao caso con ella!
RIC. (Aparte.) ¿Y quién trata de persuadirte?...

ESCENA XII

COSTA, RICARDO y VENTURA, por la segunda izquierda

- COSTA (Yendo á su encuentro.) Ventura: preciso inmenso falarle do cinematógrafo.
VENT. (Interrumpiéndole vivamente.) ¡Bueno, bueno!
COSTA Veño agora do hotel onde e falado com Filomena. ¡Está aflictísima!
VENT. ¿Y á mí qué me importa?
COSTA Más do que pensas. Seu marido suspeita algo.

- VENT. ¿Su marido?
COSTA Sí, está casada.
VENT. No es posible.
COSTA Sí, Ventura; e para mayor desgrasa e um celoso terrível, un verdadeiro Otello. Figúrate se o marido descubre á sua muller en uma cita tan significativa...
- RIC. ¡Ay, Ventura, si te pillá!
VENT. (Jactancioso.) Quien ha arrostrado las iras de su mujer y de su suegra, bien puede afrontar las de un marido celoso.
- COSTA ¿Mas tú sabes cuál es la profisao de ese homem?
VENT. (Inquieto.) ¿Un maestro de armas?
COSTA ¡Nao; un atleta do circo de Parish! Chámasse Fausto Prats e é más conocido por o apodo de «Braso de ferro».
- VENT. ¡Bah! ¡Si además le he pagado al empresario señor Llorens dos mil pesetas porque desaparezca esa vista!
RIC. ¿Y si no la hubiera retirado aún y te viera el marido?
VENT. (sumamente nervioso.) ¡Por Dios, papá, no haga usted ese género de suposiciones!
COSTA (Mirando su reloj.) ¡Dentro de dez minutos é a segunda representasao!
VENT. (A Costa) Mira, lo mejor es que te acerques en un instante á ver si el señor Llorens me ha cumplido su palabra.
RIC. Sí, corra usted, señor Costa.
COSTA ¡Descuide! Em dois minutos estou lá. (Vase deprisa foro.)
- RIC. Ventura, ¿y es cierto que te marchas?
VENT. Naturalmente; no puedo consentir que mi mujer viaje sola.
RIC. ¿Os habéis reconciliado?
VENT. Yo con ella, completamente; ella conmigo, aún no... pero haremos las paces durante el viaje.
RIC. ¡Y á mí me dejas aquí, solo, como un mochuelo!
VENT. Solo, no. Le deixo en compañía de mi querida suegra.
RIC. Gracias, chico, pero para eso no he venido

yo á Madrid. Quiero pasar una nohecita de *juerga* en compañía de mis buenos amigos...

VENT. (Sonriente.) ¡Ay, ya veo aparecer en el horizonte la alegre silueta del amigo Perea!

RIC. Precisamente. Y tengo *el deshonor* de recordarte que cuento con tu ayuda. Oye, cuando me veas hablar con mi mujer dime que has encontrado al señor Perea y que te ha dicho que me espera esta noche en su casa para hablar de un asunto importantísimo.

VENT. Descuide. ¡Ya verá qué bien me portol!

ESCENA XIII

RICARDO, VENTURA y JUANA

JUANA Señorito, está ahí un caballero que desea hablar con usted. (Le entrega una tarjeta.)

VENT. (Leyéndola.) ¡Dios mío! «Fausto Prats.» ¿Le has dicho que estábamos en casa?

JUANA ¡Claro, como no me había usted advertido nada!...

VENT. Dile que dispense, que siento mucho no poder recibirle, pero que estoy enfermo... ó que le ha dado un ataque de locura á mi suegro... (Gesto de asombro de Ricardo.) En fin, lo que quieras con tal de que se vaya.

JUANA Es que dice que se trata de un asunto muy importante... (Ricardo y Ventura tratan de irse por la derecha.)

ESCENA XIV

DICHOS y PRATS

PRATS (En el dintel de la puerta de la segunda izquierda.) Caballeros, dispéñense, seré muy breve. (Entrando, á Ricardo.) ¿Es usted don Ventura Calzadilla? (Vase Juana.)

RIC. (A Prats con amabilidad.) Yo soy su suegro, Ricardo Mondragón, servidor de usted.

- PRATS Mucho gusto en conocerle... (Estrecha fuertemente la mano de Ricardo.)
- RIC. (Retirando la mano dolorida, aparte.) ¡Díatre, qué bien merecido tiene el sobrenombre!
- PRATS (A Ventura.) ¿Luego el señor Calzadilla es usted?
- VENT. (Receloso.) Sí... sí. (Aparte.) ¡Por mi desgracia!
- PRATS Lo celebro infinito... (Estrecha su mano)
- VENT. (Aparte, sacudiendo su mano dolorida.) ¡Qué salvaje!
- PRATS Vengo á pedir á usted un favor...
- VENT. (Con solicitud.) Si está en mi mano...
- RIC. (Hace una indicación para que se siente, lo cual hacen, sentándose Ricardo á la izquierda Prats en el centro y Ventura á la derecha)
- PRATS Es algo atrevido el venir á molestarle... pero he supuesto que quizás me conozca de nombre. ¡Soy Fausto Prats!
- RIC. (Con exagerada admiración.) ¿El célebre gimnasta?
- VENT. (Idem.) ¿El famoso «Brazo de hierro»?
- PRATS (Con orgullo.) ¡El mismo!
- RIC. ¡Un artista sin rival en su género!
- PRATS (A Ventura.) ¿Me ha visto usted trabajar?
- VENT. (Titubeando) ¡Yo... no, mi suegro! (Por Ricardo.)
- RIC. ¡Oh, sobre todo ejecuta usted un número!...
- PRATS (Representando cuanto dice, pero sin exagerar.) ¿En el que rompo una mesa de mármol á ¡uña-tazos? ¿Cuando sostengo un automóvil con cuatro personas, ó bien en el que hago juegos malabares con balas de cañón y termino tirando por los aires á todos los acróbatas de la compañía?
- VENT. ¡Grandioso, magnífico!...
- RIC. ¡Sublime!
- PRATS ¡Hubiera podido ganar millones, pero desde hace algún tiempo he renunciado á los ejercicios violentos!
- RIC. ¡Qué lástima!
- VENT. Comprendo. ¿No se siente usted con tantas facultades como antes?
- PRATS ¡Al contrario! ¡Nunca tuve tantas fuerzas como en la actualidad!
- VENT. (Aparte.) ¡Estoy divertido!

PRATS ¡Toque usted este brazo!... ¿Eh?... Al desgraciado que caiga entre estas dos tenazas le dejo más prensado que un bacalao. ¡He tenido ya muchas cuestiones judiciales con mis empresarios!

VENT. ¿Por incumplimiento de contratos?

PRATS ¡No, por roturas de costillas! ¡Pero yo estoy aquí charla que te charla de mí, cuando he venido por un asunto muy diferente!...

VENT. No tenemos prisa...

PRATS Se trata de una cosa muy seria. En la calle de Atocha, en un salón, hay un cinematógrafo donde exhiben unas vistas preciosísimas, que han obtenido un éxito colosal.

VENT. ¡Es cuestión de gustos! ¡A mí me parecen una simpleza!

PRATS Así me han asegurado, especialmente mi amigo Zavala. ¿Conoce usted á Zavala?

VENT. ¡No tengo ese honor!

PRATS Es de esos individuos que sólo gozan diciéndole á uno algo desagradable. Por eso me escamó que anoche zumbase á mi alrededor como un moscón: «Si alguien que yo sé fuese al cinematógrafo, vería algo que le interesa mucho», y a continuación el tonto del circo me soltó algunas pullitas. Yo sentía ya la sangre en la cabeza y un hormigueo en los dedos... y cuando á mí me pican los dedos, es un mal síntoma... para los demás. «¡Basta de bromas—grité de repente—ya conocéis mi carácter; hablad claro, ó no respondo de mí!» Puestos entre la espada y la pared, me confesaron que uno de los números del programa representaba una cita galante entre una señora y un gomoso...

RIC. (Con ansiedad.) ¿Y sus amigos conocen al galán?

PRATS ¡No, no le conocen!

VENT. (Aparte, aliviado.) ¡Gracias, Dios mío!

PRATS ¡Me dijeron únicamente que era un imbécil, uno de esos majaderos que siguen á todas las mujeres!... (A Ricardo.) ¡Ya se lo figurará usted!

RIC. ¡Como si lo estuviera viendo!

PRATS (Prosiguiendo.) Pero á la dama la reconocie-

ron... (Con voz de trueno.) ¿Y saben ustedes quién era? ¡Mi mujer! ¡Rayos y truenos!! (Coge la silla en que estaba sentado y la levanta, como si fuera una pluma, en el aire.)

RIC. (Se retira asustado.) ¡Hombre, por Dios!

VENT. (Aterrizado, resguardándose rápidamente detrás de Ricardo.) ¡Ay!

PRATS (Dominándose.) Dispensen, creí que estaba hablando con mis compañeros. (Pausa Deja la silla en su sitio. Se sientan los tres de nuevo.) «¡Estais equivocados, —les dije— habéis visto mal!» (Sacando una fotografía del bolsillo.) «¡Esta es mi Filomena! ¿Es esta misma la del cinematógrafo?»... ¡Sí, contestaron ambos, ella es! (Ricardo coge de manos de Prats el retrato y lo examina con fruición, mientras que Prats prosigue.) A lo cual repliqué: ¡Mañana iré á ese salón, y si verdaderamente fuera mi esposa, emprenderé sin tregua ni descanso la busca de ese atrevido, y daré con él, estad seguro!... Le cogeré delicadamente con estas manitas por el cuello y le diré: (Coge rapida y nerviosamente á Ricardo y á Ventura por el cuello, les suspende en el aire tres ó cuatro veces como si fueran dos peleles, sentándolos igual número de veces en las dos sillas que ocupaban, lanzando los dos quejidos cómicos y quedando maltrechos. Prats mientras los levanta grita con voz ronca.) ¡Pillo! ¡Canalla! ¡Ladrón! (NOTA: Al coger á Ricardo, éste deja la fotografía de Filomena sobre el velador. Pausa.)

VENT. (Sonriendo á la fuerza) ¡Admirable propósito!

RIC. (Dolorido aún.) ¿Y por qué nos cuenta usted eso?

PRATS (Dominándose á duras penas.) Porque he hablado con el señor Llorens, empresario de ese indecente invento, y me ha dicho que no puede enseñarme esa vista sin permiso del señor Calzadilla...

VENT. (Aparte, satisfecho.) ¡No me ha visto! ¡Me he salvado!

PRATS Y he supuesto que me permitirá usted ver «La playa de San Sebastián.»

VENT. (Ocurriéndosele una idea de repente.) ¡Ah! ¿Pero es esa la vista á que usted se refiere?

- PRATS ¡Naturalmente!
- VENT. ¿Y por qué no lo ha dicho usted antes? Esa se la puede enseñar el señor Llorens.
- PRATS (satisfecho.) ¿De veras?
- VENT. ¡Ya lo creo! Tan es así, que hoy mismo forma parte del programa.
- PRATS Pues voy allá ahora mismo. Caballeros, gracias mil... (Tendiendo á ambos la mano.)
- VENT. ¡No las merece!
- RIC. ¡No hay de qué! } (Escondiendo las suyas detrás de la espalda.)
- PRATS ¡Adiós, señores! (Vase apresuradamente segunda izquierda.)
- RIC. (sin comprender) ¿Pero cómo se te ha ocurrido mandarle al cinematógrafo?
- VENT. Porque Llorens tiene otra vista de la playa de San Sebastián, en la que yo no figuro. ¿Qué me importa que la vea ó no?

ESCENA XV

VENTURA, RICARDO, COSTA

- COSTA (Entrando sudoroso y desesperado por el foro.) ¡Ay, Ventura, si supieses!
- VENT. (Inquieto.) ¿Qué? ¿Han quitado la vista?
- COSTA (Tristemente dejándose caer exhausto sobre el sofá.) ¡Sí!
- VENT. (satisfecho.) ¡Gracias á Dios!
- RIC. Ahora ya puede Prats recrearse cuanto guste admirando «La playa de San Sebastián.»
- COSTA (Levantándose de un salto, asustado.) ¿Quem? ¿Faus-to Prats? ¿Braso de ferro?
- VENT. ¡El mismo!
- COSTA (Aterrado) ¡Deus de piedade!
- RIC. ¡Acaba de salir de aquí derecho para el cinematógrafo!
- COSTA (Desfalleciendo.) ¡Agárenme, que eu desmayo!
- VENT. ¿Por qué te asustas? ¡Si ya no figuro en esa vista!
- COSTA ¡Sí, mas figuro eu!
- VENT. } (A la par.) ¿Tú? ¿Usted?
- RIC. }

- COSTA ;Eu com sua muller e os dois em fato de
 baño! ¡Sou homem morto! (Vase precipitadamen-
 te por el foro.)
- VENT. ;Hombre, cálmate, por Dios! (Vase siguiendo á
 Costa.)

ESCENA XVI

RICARDO, MATILDE

- RIC. ;Pobrecillo!
- MAT. (Por la segunda derecha.) Oye, Ricardo: acompa-
 ñaremos á Clemencia á la estación.
- RIC. No es preciso, porque encontrará allí á su
 marido y partirán juntos.
- MAT. ¿Cómo? ¿Se atreverá él?
- RIC. ¡Sí, Matilde... y cree que es lo mejor! Los
 dos jóvenes se entenderán en seguida!
- MAT. Y nosotros, ¿qué vamos á hacer aquí solos?
 Lo mejor es que nos volvamos á casita.
- RIC. ;Imposible! Tengo aún muchos negocios
 pendientes.
- MAT. (Sarcástica.) ¿Negocios? ¿Eh?
- RIC. No he podido todavía ocuparme de mi plei-
 to... y además, es muy probable que llegue
 de hoy á mañana un antiguo amigo...
- MAT. ¿El señor Perea?
- RIC. ¡El mismo! No lo sé á punto fijo, pero por
 razones especiales, creo que vendrá.
- MAT. ¡Pues yo también tengo razones especiales
 para creer que no vendrá!
- RIC. Pero si me dió su palabra de honor...
- MAT. ¡No doy por ella cinco céntimos!
- RIC. (Con cómica seriedad.) Matilde, ¿qué puedes tú
 reprocharle?
- MAT. Una sola cosa, pero esencial. ¡El no haber
 existido nunca!
- RIC. (Con fingida sorpresa.) ¿Cómo? ¿Qué quieres
 decir?
- MAT. (Nerviosa.) Pues que ya me la has pegado
 bastante, y que el señor Perea no es natural
 de Pego, sino de pega.
- RIC. Te juro que no comprendo.

- MAT.** Pues hablemos clarito: cuantas veces hemos venido á la corte, siempre te han asediado un sinnúmero de amigos, entre los que figuraba en primera línea el señor Perea, quien te retenía hasta la madrugada en conferencias urgentes é importantísimas. Tantas conferencias, francamente, ya me iban escamando, hasta que una noche regresaste á casa de madrugada refunfuñando contra tu famoso amigote; te acostaste y no tardaste en dormirte. No sé por qué sentí desconfianza, me levanté, metí la mano en el bolsillo de tu gabán y tropecé en él con una cuenta: «Por el alquiler de un traje de máscara, diez pesetas.»
- RIC.** (Aparte.) ¡Caracoles!
- MAT.** Un dominó—me dije—no es un traje muy á propósito para tratar de negocios. Y leyendo al día siguiente un periódico ví que la noche anterior se había verificado un baile de máscaras en el teatro de la Zarzuela...
- RIC.** (Con cómica indignación.) ¡Y claro, formulaste la injuriosa sospecha de que hombres tan respetables como Perea y yo, habíamos asistido á ese inmoral espectáculo! ¡Matilde!
- MAT.** ¡Calma! Mandé entonces á Juana que preguntase sus señas en la Liga católica. Ningún portero conocía al señor Perea. Entonces le dirigí á Pego una carta certificada con acuse de recibo. A los pocos días me la devolvieron con una nota de la Administración de Correos que decía: «Desconocido el destinatario en esta población.»
- RIC.** ¡Pero qué mal está el servicio de Correos!
- MAT.** (Severa.) ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¿Persistes todavía en quererme hacer tragar?..
- RIC.** ¡Pues bien, no lo tragues! Es verdad. (Con temor.) Confieso mi culpa...
- MAT.** ¿Y aun tienes el descoco de confesarlo?
- RIC.** ¡No lo confieso por descoco... sino por necesidad... hay mucha diferencia!

ESCENA XVII

DICHOS, VENTURA

- VENT. (Por el foro.) ¡Gracias á Dios que al fin le encuentro! Traigo un encargo para usted.
- RIC. (Vivamente tratando de hacerle señas) ¡No, no me cuentes, que bastantes he traído del pueblo!
- VENT. ¿Sabe usted con quien acabo de hablar en la esquina? ¡Con el señor Perea!
- MAT. (Irónica.) ¿Con quién?
- VENT. ¡Con el señor Perea! ¡Es muy simpático! (A Ricardo) Tiene que hablar con usted esta noche de un asunto importantísimo, y le ruega que se pase por su casa.
- MAT. (Con intención.) ¿Pero también usted le conoce?
- VENT. ¡Ya lo creo! ¡Es un hombre infatigable! ¡Trabaja día y noche! ¡Yo le he tomado por modelo!
- MAT. ¡No has podido elegir otro mejor! Anda, háblale de él á mi marido. ¡Le quiere tanto!... ¡Hasta luego! (vase sonriendo por la derecha.)
- VENT. ¿Ha visto usted qué habil soy para esta clase de comisiones?
- RIC. (Desesperado.) ¡Lo que tú eres es un chorlito! ¡Hace una hora que te estoy haciendo señas para que te calles!
- VENT. ¡Pero si habíamos quedado de acuerdo!
- RIC. Mi mujer acaba de declararme que conocía mi estratagema...
- VENT. (sorpresa.) ¿Eh?
- RIC. ¡Y lo que es peor! ¡Sabe también que en el Carnaval último estuve en un baile de máscaras en la Zarzuela!
- VENT. (Reconviniéndole.) ¡Un hombre casado!
- RIC. ¡Pues si no fuera casado no haría las locuras que hago! ¡Qué nohecita aquella, cuánto entusiasmo, cuánta alegría! (Con sentimiento.) ¡Y ahora condenado á cadena perpetua matrimonial! Después del baile nos fuimos

á cenar á «La Viña P» seis casados de mi pueblo.

VENT. (Admirado.) ¡Seis hombres solos!
RIC. ¡No, en compañía de otras tantas coupletistas y bailarinas del Japonés que habían ido á la Zarzuela por... casualidad! ¡Todas estaban aturdiditas y tenían una sed!... ¡Si mi mujer supiera á lo que ascendió la cuenta del Champagne! ¡La más inteligente de ellas, una muchacha preciosa, me descubrió el chichón de la elocuencia y no me dejó en paz hasta que me obligó á improvisar un discurso encima de la mesa rodeado de copas y botellas! .. ¡Y pensar que todo eso se lo debó al amigo Perea y que acabo de perderle para siempre!...

ESCENA XVIII

RICARDO, VENTURA y COSTA

COSTA (Llamando en la puerta del foro.)
VENT. ¡Adelante! (Breve pausa.) ¡Adelante!
COSTA (Entreabre algo la puerta, pero sin dejarse ver, á media voz.) Sou eu.
VENT. Entra, hombre.
COSTA (Asoma la cabeza únicamente.) ¿Nao está aquí Prats?
VENT. (Sonriendo.) No; puedes pasar.
COSTA (Entra con un gaban de pieles, el cuello subido, sombrero flexible calado hasta los ojos y quevedos ahumados.)
VENT. (Sorprendido.) ¿Vienes de máscara?
RIC. ¿Por qué se ha disfrazado?
COSTA ¿Estou desconocido, nao e verdade? Como «Brazo de ferro» me vió no cinematografo, resolví adoptar esta *toilette*. Todo foi sabiamente calculado. Os óculos afumados, ao mesmo tempo que disimulam o fulgor dos meus ollos, fâcenme ver á miña horrorosa situasao baixo un aspecto más suave; este casaco de pelles de forro guatado, á la par

- que me faz aparecer como um homem de muita representasao, sêrve-me de courasa.
- RIC. ¿Y qué piensa usted hacer ahora?
- COSTA En primeiro lugar comprei tamben o meu cuadro, como fez o Ventura. ¡O Llorens tem ganano un dineral con á praya de San Sebastian!
- RIC. ¿Le ha costado muy caro?
- COSTA ¡Nao me fale d'isso! ¡Cuatrocentos e cenconta mil reis! ¡E agora eu volto para Egipto! (Con cómica indignación.) Entre os cocodrilos é os hipopótamos, ha en Africa muita mais urbanidade é civilisacao.
- VENT. (Viendo el retrato que Ricardo dejó sobre la mesa en la escena XIII.) ¡Mira, aqui tienes el retrato de su mujer!
- COSTA (Asustado.) ¡De Filomena!
- VENT. (Guarda el retrato en su cartera.) Se lo mandaré para que no tenga motivo de volver por aquí.
- COSTA Adeus, Ventura, comprimentos á tua muller é á tua excelente sogra. Deseaba dejarles uma grata recordasao da miña persona.
- VENT. (sonriendo.) ¿A quién, á mi suegra? ¡Pues nada más fácil! Dile que eres amigo del señor Perea. ¡Ya verás cuánto se alegra! ¡Hasta ahora! (vase izquierda)
- COSTA (A Ricardo.) ¿A sua encantadora sobriña ainda está aquí?
- RIC. Sí, señor.
- COSTA Si vosa exselensia me permitese decirle duas palabras de despedida...
- RIC. Dígamelas á mí, si le es lo mismo.
- COSTA Descolpe á un seu creado, más nao é la misma coisa.
- RIC. (Dirigiéndose hacia la izquierda.) Bueno, ahora vendrá. Después de todo no hay inconveniente. (vase segunda izquierda.)
- COSTA (Contemplando el retrato de Angela.) ¡Qué pena nao poder casar contigo, o formosa Angela, por faltarte uma das qualidades exigidas!

ESCENA XIX

COSTA y ÁNGELA

ANG. (Por la segunda izquierda.) ¿Con quién hablaba usted, señor Costa?

COSTA (Volviéndose.) ¡Oh, pardon!... Expresaba o seu retrato, o desgosto que experimento ao separarme de si.

ANG. ¿Y qué le ha contestado?

COSTA Nao percebei muito bem, mas pareciá-me que aquela graciosa boquiña me dizia: «Teño muita pena de que se vaya agora, porque n'este breve tempo ya comensaba á quererle bem».

ANG. Dispense... creo que ha oído usted mal.

COSTA Nao e posivel... eu sou bom fisonomista. Leye n'um retrato como n'um libro aberto... ¡Menina Angela! ¡Dígame una palabra! «¡Estou as suas ordens!»

ANG. (Con rubor.) Así, de pronto, no sé qué responder...

COSTA É muito simple, responda que sí. Se me quere um bocadiño, respóndame que aceita. ¡O resto vendrá depois! (Intentando abrazarla.)

ANG. (Rechazándole.) ¡Señor Costa!...

COSTA En Portugal, cuando un rapaz é uma menina se aman, é lo confesan pela primera vez, e costume o rapaz abrazarla e darla tres beixos.

ANG. (Avergonzada.) ¿Tres?...

COSTA Dois na testa e um na face. No; agora recorde bem a costume portuguesa é un beixo na testa e dois na face...

ANG. En España no existe esa costumbre.

COSTA Os españoles están muito atrasados.

ANG. Además, me parece un atrevimiento.

COSTA (Interrumpiéndola.) ¡Do que gostan muito depois as mulleres! (Avanza hacia Angela con los brazos abiertos.)

ANG. (Viendo entrar á Matilde, casi aparte.) ¡Mi tía!...

(Huye de él vivamente por la segunda izquierda. Durante este diálogo rápido, entra Matilde en escena, colocándose entre Costa y Angela.)

ESCENA XX

DICHOS, MATILDE y CLEMENCIA

- COSTA (Abrazando equivocadamente á Matilde.) ¡Ay, amor da miña alma!
- MAT. (Por la izquierda, asombrada.) Señor Costa, ¿qué hace usted?
- COSTA (Aparte.) ¡Bem dicem que o amor es ciego! (Alto.) ¡Pardón!
- CLEM. (Entra por la izquierda siguiendo á Matilde.)
- COSTA (A Matilde.) ¡O señora; teño o prazer de participarla que me vou á casar con sua sobrina Angela!
- MAT. Apenas conozco á usted...
- COSTA Mais a señora sua filla, Ventura é o seu marido corócenme muito bem... (Con importancia) Y además d'isso, sou íntimo amigo del señor Perea.
- MAT. ¿También usted?
- COSTA Somos amigos-íms um de outro. A propósito, encargóu-me de darle muitas recomendações.
- MAT. Mejor hubiera usted hecho en callárselas, máxime estando aún sobre el tapete la enojosa cuestión del cinematógrafo. ¡También usted ha sido expuesto ahora!
- COSTA Foi un instante apenas. Uma única representasao. ¡Ya nao formo parte do programal
- MAT. ¡Necesito primero verlo para creerlo!
- COSTA Voa exselsencia se convencerá de que pode confiarme sua sobrina á ollos fechados. Sabré defenderla valentemente si algúu peligro la amenazase.

ESCENA XXI

COSTA, MATILDE, CLEMENCIA, JUANA; después RICARDO; luego VENTURA

- JUANA (Anunciándole.) ¡El señor Prats!
- COSTA ¡Misericordia! (Vase corriendo por la derecha.)
- MAT. (Asombrada mirando á Costa, que huye: á Clemencia.)
¿Que le ha pasado?... (Viendo entrar á Ricardo.)
¡Silencio, el otro malhechor... tu padre!
- RIC. (Por la izquierda, alegre.) ¿Con que Costa se ha declarado á Angela?
- MAT. Es cierto. Pero antes quiero convencerme de que su retrato ha desaparecido del cinematógrafo, para lo cual tú me acompañarás.
- RIC. Con mucho gusto.
- JUANA (Todavía en la puerta.) ¿Puedo hacer que pase ese caballero?...
- RIC. ¿Quién?
- JUANA ¡El señor Prats!
- RIC. (Aparte.) ¡Vies para qué os quiero! (Vase corriendo segunda izquierda.)
- MAT. (Estupefacta, á Clemencia.) ¿Qué significa esto?
- CLEM. ¡No sé! ¡Ese nombre hace huir á todos!
- VENT. (Entrando por la primera izquierda con sombrero y bastón.)
- MAT. Quizás Ventura nos pueda explicar...
- VENT. ¿Qué es ello, querida mamá? (Deja el bastón y el sombrero sobre la mesa.)
- MAT. ¿Por qué causa han echado á correr el señor Costa y mi marido en cuanto oyeron anunciar?...
- VENT. ¿A quién?
- MAT. Al señor Prats.
- VENT. ¿Qué? ¿Está ahí?... (Intenta también huir.)
- MAT. (Deteniéndole por un brazo.) ¿También usted?
- CLEM. Explícanos ese enigma.
- VENT. No es nada. No siempre tiene uno ganas de visitas.
- CLEM. Dispuesto ó no, le recibirás. Juana, dile que

pase. (Juana vase foro.) Vámonos, mamá. (Ambas vanse primera izquierda.)

VENT. (solo, con ansiedad.) ¿Qué demonios querrá éste de nuevo?

ESCENA XXII

VENTURA, PRATS

PRATS Señor Calzadilla: ¿no le parece que ya he hecho bastante antecámara?

VENT. ¡Oh! No sabía que era usted. Llego en este instante.

PRATS Se me han helado los pies en el recibimiento, y hoy no estoy de buen humor. Por el contrario, me siento sumamente nervioso. (Mueve rápidamente los dedos.)

VENT. (Aparte.) ¡Ay, qué le pican los dedos!

PRATS (Paseando inquieto por la escena.) ¡He estado en el cinematógrafo! ¡¡Era mi mujer!!

VENT. ¡Diantre, si no me lo dijera usted no lo creería!

PRATS ¡Y verdaderamente es increíble! ¡Mi mujer en coloquio amoroso con un quidam, y yo, el marido, he tenido que pagar la entrada para verlos!

VENT. ¡Hombre, si hubiese usted acreditado quién era, le hubieran dejado entrar gratis!

PRATS No me explico cómo no he hecho trizas toda la barraca, y me he contentado con destrozar únicamente media docena de sillas que estaban al alcance de mis manos. ¡Hay que atribuirlo á mi carácter bondadoso! ¡Corro á casa para pedirle cuenta á mi mujer! ¡Figúrese usted, había salido! ¡Salido sin dejar dicho á dónde! ¡Voto á San!...

VENT. ¿Pero yo en qué le puedo ser á usted útil?

PRATS ¡Ayudándome á encontrar al tipo de la cita!

VENT. ¡Si no le conozco!

PRATS ¡No lo creo! ¡Usted sabe algo!

VENT. ¡Lo único que le puedo asegurar á usted, es que esa vista desaparecerá hoy mismo del programa!

- PRATS ¡Ya lo sé! ¡Bastante cara me la ha hecho pagar Llorens!
- VENT. (Aparte.) ¡Qué pillo, se la ha cobrado á los dos!
- PRATS ¡Pero á ese individuo en traje de baño!... ¡A ese señorito de las piernas de flautín le voy á hacer bailar en la cuerda floja!
- VENT. ¡Pero si el pobre chico es un infeliz!
- PRATS (Vivamente.) ¡Ah, luego le conoce!
- VENT. (Aparte.) ¡Buena la he hecho!
- PRATS (Alzando la voz.) ¡Ahora se ha descubierto usted! ¡Nómbrele ó no respondo de mi paciencia!

ESCENA XXIII

VENTURA, PRATS, CLEMENCIA

- CLEM. (Por la izquierda) ¿Qué pasa?
- VENT. (Viendo entrar á Clemencia) ¡Clemencia!
- PRATS (Sin reparar en Clemencia, gritando.) ¡Por última vez! ¿Me dice usted ó no quién es el infame?
- VENT. (Bajo á Prats.) No grite usted así, que está aquí mi mujer.
- PRATS Dispense usted señora... Pero quizás logre usted mejor que yo persuadir á su marido que me confiese...
- CLEM. ¿Pero quién es usted?
- PRATS Soy el marido.
- CLEM. ¿De quién?
- PRATS De la señora de la playa de San Sebastián.
- CLEM. ¡Pobrecito! (Le ofrece su mano. Ventura hace toda clase de señas para que Clemencia no hable.) Crea usted que celebro mucho conocerle.
- PRATS Señora, usted me compadece, y sin embargo no puede comprender el dolor que se experimenta al ver en esas condiciones á la persona que se ama.
- CLEM. ¡Ya lo creo que lo comprendo!
- PRATS ¿Usted?
- CLEM. ¡Lo mismo que ha visto usted hoy á su mujer vi yo ayer á mi marido!
- PRATS (Agitado.) ¿En el cinematógrafo?

- VENT. ¡Clemencia, por caridad!
PRATS ¡Silencio! (A Clemencia.) ¿Su marido?
CLEM. ¡También con su mujer en la playa!
PRATS ¡El también! ¡Y yo en el limbo!
CLEM. (A Ventura) ¿No lo sabía?
VENT. No, y has sido tú la que me has denunciado.
PRATS (Furioso.) ¡Ahora caigo en la cuenta! ¡La otra vista que Llorens no me quiso enseñar, era esa! ¡Engañado por partida doble! ¡Con extrangular á los tres, hemos terminado!
CLEM. (Asustada.) ¡Caballero, yo le ruego, yo le suplico! .
PRATS ¡Es inútil, estas clases de ofensas se lavan con sangre!
CLEM. (Aparte.) ¡Dios mío! (Corriendo á la puerta de la segunda izquierda y llamando) Señor Costa, venga usted, haga usted el favor.

ESCENA XXIV

VENTURA, CLEMENCIA, PRATS, COSTA. Después JUANA

- COSTA Aquí estou, miña señora. ¿Qué é? ¿Qué sucedeu? (Viendo á Prats.) ¡Deus de piedade! (Pretende huir.)
PRATS (Deteniéndole.) ¿Por qué huye usted? (Reconociéndole.) ¡El otro! ¡El de las piernas de flautín!
VENT. ¡Ahora si que estamos aviados!
JUANA (Por la segunda izquierda.) Está ahí una señora que desea hablarle con urgencia.
VENT. ¿Ha dicho quién es?
JUANA Sí, la señora de Prats. Le espera en el gabinete reservado. (Vase segunda izquierda.)
CLEM. (Indignadísima.) ¡Esto es el colmo!
PRATS (Furioso.) ¿Y además viene á visitarle? ¡Oh, yo seré quien la reciba y sabré toda la verdad! (Vase segunda izquierda.)
CLEM. ¿Negarás aún que esa mujer es tu amante?
VENT. Clemencia, ¿quieres que me vuelva loco? (Al sacar el pañuelo del bolsillo se cae al suelo el retrato que guardó antes.)

- CLEM. (Se inclina y lo recoge rápidamente.) ¿Qué es esto?
¡El retrato de ella! ¿Y aun tendrás el cinis-
mo de negarlo?
- VENT. (Abrumado.) Ya no niego... si yo mismo co-
mienzo á creer que es verdad.

ESCENA XXV

CLEMENCIA, VENTURA, COSTA y PRATS

- PRATS (Alegremente por el foro.) ¡Já, já, já! ¡Tiene gra-
cial
- VENT. (Admirado.) ¿Y se ríe?
- PRATS ¡Sí!.. ¡Me rio de usted!
- VENT. ¿De mí?
- PRATS Sí, de usted y... de él. (Indicando á Costa.) ¡Va-
llentes Tenorios! ¡Já, já, já! ¡Valiente par de
lilas!
- VENT. (Incomodado.) ¡Caballero!...
- PRATS Señora, felicíteme usted. Mi mujer es com-
pletamente inocente.
- CLEM. ¿Y mi marido?
- PRATS Igualmente.
- COSTA ¿E eu também?
- PRATS ¡El más inocente de todos!
- CLEM. ¿Pero mi marido no estuvo en San Sebas-
tían?
- PRATS ¡Sí!
- CLEM. ¿No tuvo una entrevista con su mujer?
- PRATS ¡Ciertamente!
- CLEM. ¿No estuvieron juntitos en un banco de la
playa?
- PRATS Sí, señora.
- CLEM. ¿Pero no fué una entrevista amorosa?
- PRATS ¡Nada eso!
- CLEM. ¿Entonces por qué fué á ella su mujer?
- PRATS Porque estaba contratada por la empresa
del cinematógrafo...
- VENT. } (Sorprendidos.) ¿Eh?
- COSTA }
- PRATS Para suministrar e-cenas cómicas.
- VENT. ¿Escenas cómicas?

- PRATS Que figuran ahora en el cinematógrafo. Y ustedes cayeron inocentemente en el garlito. (Riendo.) ¡Já, já, já!
- VENT. ¡Bonito papel hemos hecho!
- COSTA (Asombrado.) ¿E era entao por isso que ella nos deitava lânguidas miradas?
- PRATS Es natural, nadie se presta voluntariamente á dejarse fotografiar para figurar en el cinematógrafo. La sociedad Edison tiene contratadas muchas personas con este objeto.
- CLEM. (Sonriendo.) ¡Pobre Ventura! ¡Te perdono!... ¡Creíste haber hecho una conquista y serviste únicamente de actor para una escena cómica! (Estrecha su mano.)

ESCENA XXVI

DICHOS, ANGELA, MATILDE y RICARDO

- ANG. (Apresuradamente por el foro.) ¡Ya vuelven los tíos!
- MAT. (Entrando por el foro indignada.) ¡Esto sí que no lo esperaba!
- RIC. (Entra abrumado por el foro y se deja caer abatido sobre el sofá.)
- VENT. ¿Qué ha pasado?
- MAT. Que hemos estado en el cinematógrafo y, ¿saben ustedes lo que figura ahora como número "seis"? Pues una juerga en *La Viña P*, después de un baile de máscaras, y han tenido la desvergüenza de sacar á Ricardo subido en una mesa pronunciando un discurso, que reproduce un fonógrafo, y bailándose al final un zapateado. ¡Mi marido en un lugar de perdición!
- RIC. ¡Mujer, no era un lugar de perdición puesto que me has encontrado allí!
- ANG. (Intercediendo) ¡Tía, perdónele usted!
- COSTA (Aparte.) Aquí de miña erudisao. (Alto) ¡Señora, Carlos V tambien perdonó!
- ANG. Eso es de *Hernani*.

MAT. (A Ricardo.) Si me prometes no volver á resucitar al señor Perea.

RIC. Prometido.

VENT. ¿También á usted le pescaron? ¡Me alegro!

(Al público.)

Si un casado ha delinquido
y sufre iguales tormentos,
no olvide nunca el marido,
para no ser sorprendido,
huir de ciertos inventos.
Y si la culpa pasada
perdonaron las mujeres,
dala tú por perdonada,
y demuéstalo, si quieres,
aplaudiendo esta humorada. (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: 1,50 pesetas